

BIBLIOTECA NACIONAL



0319264

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *Chilena*
Clasificación *9(301-24)*
Cutter
Año Ed. *1929* Copia
Registro Seaco *207544*
Registro Notis. *AAU 8980*

9(301-24)

11/18/7. 13
11/27/28
D.D. 8980

M a r í a M o n v e l

Poetisas de América

Gabriela Mistral □ Delmira Agustini □ María
Eugenia Vaz Ferreira □ Alfonsina Storni □
Juana de Ibarbourou □ María Monvel □
Luisa Luisi □ Margarita Abella Caprile
□ María Enriqueta □ Rosa García
Costa □ María Villar Buceta □
Magda Portal □ Susana Ca-
landrelli □ Norah Lange
□ Mariblanca Sabas
Aloma □ María
Rosa González □
Blanca Luz
Brum □
Dulce
María
Loy-
naz



EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

CONCEPCIÓN

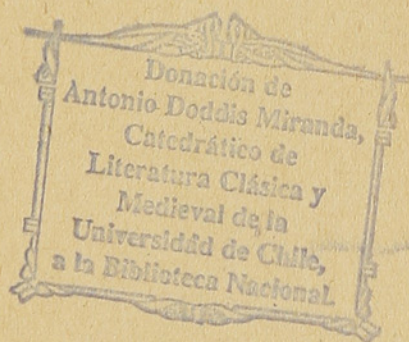
1929

207544

Es propiedad del editor.
Inscripción N.º 1402.

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento.
— Ahumada 125. —
Santiago de Chile.

La Poesía Femenina en América





¿Por qué hay en América tantas poetisas? Sería interesante que alguien quisiera puntualizar algunas observaciones sobre la cuestión. ¿Constituye un retraso o un avance de la civilización el que haya en nuestro continente tantos hombres y especialmente tantas mujeres que se dedican con pasión al soñador y blando deporte de la rima?

Refiriéndonos exclusivamente a las escritoras de lengua castellana, podemos afirmar que España tiene algunos grandes poetas, pero son muy pocos. Fuera de Santa Teresa en el siglo diecisiete, Rosalía de Castro en el diecinueve, y en el nuestro Cristina de Arteaga, que, luego de publicar un libro de adorables poemas, se metió a un convento, finalidad tan española como encantadora, las mujeres de España no escriben versos.

Con no ser muchas tampoco, hay en España más novelistas que poetisas, hasta el extremo de ser sumamente raro que firme un poema una mano femenina, mientras que en nuestras América las poetisas forman legión.

¿Se trataría acaso de la liberalidad en las costumbres y del respeto con que se escucha entre nosotros el perpetuo "vagido" amoroso de las mujeres? Seguramente es esta la razón y no otra cualquiera. La mujer española no es menos culta, ni menos sensible, ni menos inteligente. Pero sus sentimientos, embutidos siempre en el zapato chino del prejuicio, no pueden producir prácticamente obra de ningún género que salga hacia el exterior. La

mujer española está educada en otra forma, y en fuerza de decirsele que no diga lo que siente en la juventud, acaba por no sentir en realidad en la edad madura. Es decir, por no sentir las cosas que le están prohibidas, y a la mujer española le está prohibido todo, menos el amor por su marido y por sus hijos y el culto de las creencias religiosas. Cualquiera otra labor que se aparte de estos sentimientos permitidos, constituye para ella casi un delito. Es, pues, muy explicable que Cristina de Arteaga, la joven noble y poeta, se castigara a sí misma recluyéndose en un convento, por el delito de vanidad que seguramente implicó para ella el haber publicado un libro de versos y haber sentido placer a causa de los elogios que se le tributaron.

Todavía no puede la española como la americana vencer los prejuicios que la rodean ni hacer frente a las vallas insalvables que se le oponen para que se entregue a una profesión tan masculina como las letras. Sin duda, no es otro el motivo por el cual en España apenas si hay una mujer que escriba versos y dos o tres que escriban prosa.

En América, en cambio, las mujeres no sólo han tomado la profesión de las letras como apta y dulce de manejar para sus fuerzas; como medio de vida práctico y como gentil deporte sentimental, sino que le han dado muchas de ellas una extraordinaria fuerza y realismo, lo mismo en verso que en prosa, de lo que son buena muestra la viril Marta Brunet y la verísima Teresa de la Parra con sus novelas respectivas. Por lo que toca al verso, la Agustini dió el primer paso en aquello de dejar libre curso a la imaginación erótica, tan propia del temperamento femenino, débil en la acción y poderoso en el imaginar, por lo menos en lo que a materias amorosas se refiere.

Dado el primer paso, ninguna mujer que hace versos, se ha quedado atrás, y como en todo género de cosas es fácil caer en la exageración, en la exageración erótica han caído muchas, seducidas por el triunfo de unas pocas. La Vaz Ferreira es en cierto sentido una excepción, como la Mistral. Ni la una ni la otra

dan al problema sexual demasiada importancia. Gabriela es mística, y la Vax Ferreira idiológica. Piensa maravillosamente y dilucida problemas en sus versos.

La Agustini, cualquiera que sean sus defectos, tiene el indiscutible mérito de su fuerte personalidad. Su valentía equivale al de una Carlota Corday de las trabas morales, y carece en absoluto de influencias. Ella y la condesa Mathieu de Noailles, han sido, sin duda, los dos grandes modelos que ha tenido en América la poesía femenina. Adaptables, cada cual, a los distintos temperamentos, sólo divisibles en dos grupos: sensualidad de todos los sentidos, correspondiente a madame de Noailles, y sensualidad exclusivamente erótica correspondiente a la Agustini.

Reconocido ascendiente de la primera, tiene Juana de Ibarbouro con su amor a la luz, a las plantas, a ciertos roces suaves, al color, al perfume, a la vida misma bajo todos sus aspectos, y un mucho de la segunda, la Storni, que apenas ve o siente nada fuera del amor, un amor más intelectualizado, pero en la misma forma exclusivo.

Las otras son todas variantes de estos dos estilos.

María Villar Buceta es la única excepción absoluta a esta regla que casi no las tiene.

Amarga, escéptica, impasible, ni ve ni siente nada, aparte de su dolor y del dolor de sus semejantes. Desconfiada, neurótica, cruel, su verso es un chorro amargo difícil de saborear a pesar de la gracia del vaso en que lo ofrece. La propia aunque distinta excepción que hace Marta Brunet en la prosa femenina: descriptiva, casi asexual a pesar de su realismo, no se devora la hierba verde como la Noailles, ni muerde corazones como la Agustini, sino que relata, atenta al menor gesto y a la más pueril actitud de las cosas.

Las poetisas americanas son muchas y buenas. Trabajo de mujeres, deporte de mujeres, el verso es una cosa que las mujeres hacen bien.

Por lo que toca al ultraismo, las mujeres no han querido quedarse atrás, aunque se han entregado a él con menos entusiasmo que los poetas. Sin embargo, algunas campean en las filas extremistas haciendo de la rima y de la sensibilidad idéntico juego de malabarismo y procurando vivir la vida en las mismas condiciones: odio a la luna, desdén al amor; escepticismo de muñecas de feria. Entre ellas, Mariblanca Sabas Alomá, Magda Portal, Blanco Luz Brum, etc.

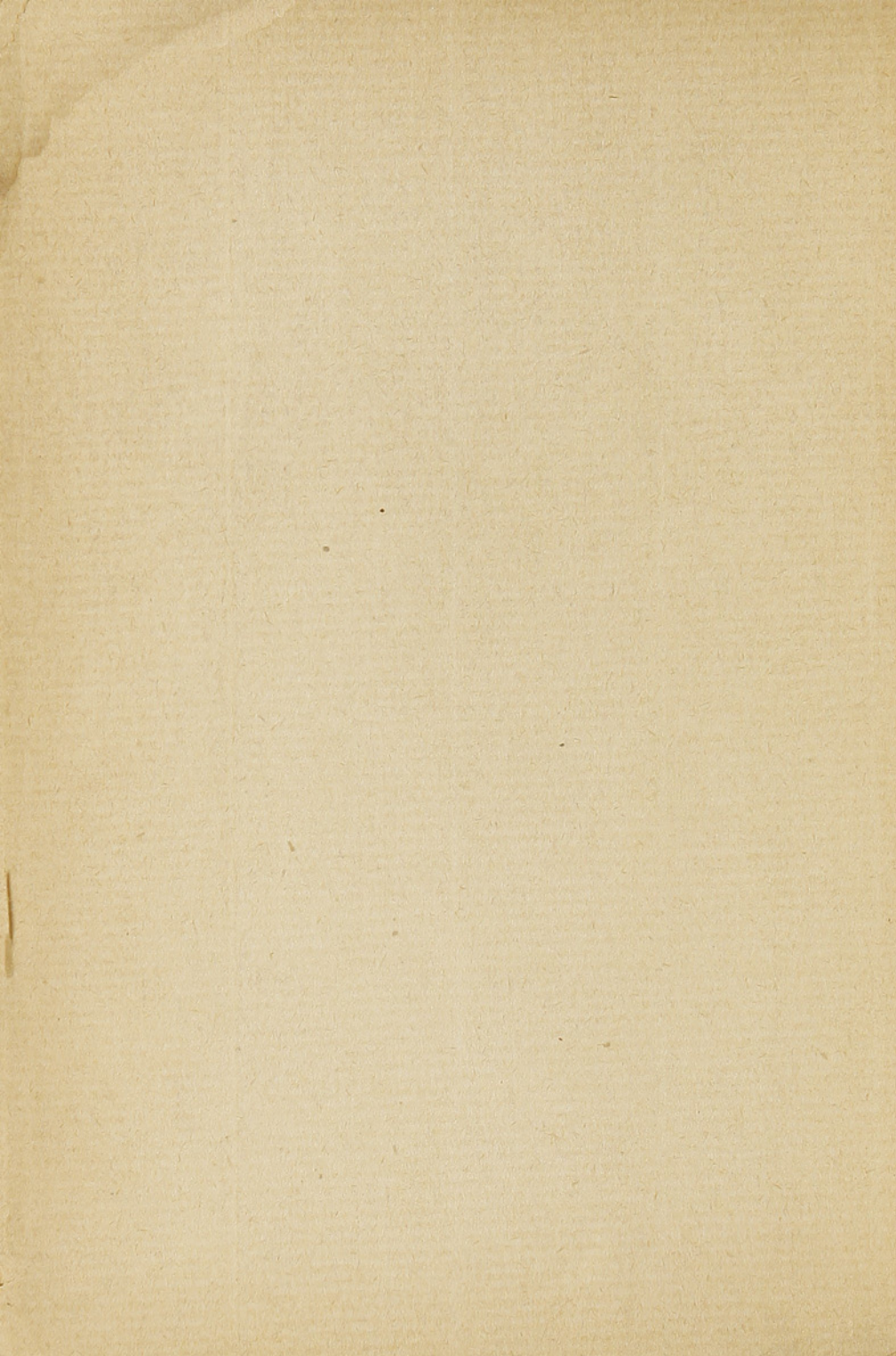
La propia Juana de Ibarbourou ha evolucionado vilentemente, pretendiendo abandonar su graciosa frescura, su encanto coquetuelo y mimoso, por el dislocado andar de las huestes modernistas.

Alfonsina es la misma. Armada de su lógica irrefutable, pendiente de su erotismo gentilmente dialéctico, deja pasar a las turbas modernistas limitándose a mirarlas con complacencia.

Quizás sea la única. Gabriela Mistral nos ha mandado sus últimos poemas, tocados con el gorro frigio de esa suprema libertad. Sin embargo, tiene demasiado talento para caer en el lugar común y aún vistiendo la insignia del siglo, es ella siempre.

M. M.

Poetisas de América



GABRIELA MISTRAL

Unica, absoluta, compleja, sola, múltiple, Gabriela Mistral, es la poetisa más grande que ha producido América y la más grande de todos los tiempos en lengua castellana. Pálidos son, junto a los suyos, los alaridos místicos de Santa Teresa de Jesús y tímidos y balbuceantes los decires religioso-mundanos de Juana Inés de la Cruz, la mexicana. No logró la Agustini tanta sensualidad dolorosa, ni la Ibarbourou tanta frescura cándida, ni la Storni tan hondo pensamiento.

Su biografía es simple: campesina hija de campesinos, así lo ha dicho ella.

De oficio, de afición y de intención, maestra; también lo ha dicho ella.

Ha tenido la vida quieta de las montañas, siempre

figas. Su fama iguala ya a la de Rabindranath Tagore, a quien supera en maestría y en grandiosidad.

Si tiene defectos, que los debe tener, son como las manchas del sol, invisibles, en razón de su masa luminosa.

Por lo que a ella toca, renunciamos a todo juicio que sería pretensión inútil; la acatamos sencillamente como al más puro y excelso talento que han producido las tierras de América.

Obras: "Desolación", Instituto de las Españas, Nueva York.—
"Desolación", primera edición completa de los poemas y prosas d G. B., publicada por Nascimento. Edición definitiva, 1927, publicada en Santiago, por Nascimento. Parte de este libro, con algunas de las poesías infantiles, fué editado por la Casa Calleja de Madrid, en primorosa edición ilustrada, con el título de "Ter-nura".

Circulan numerosas Selecciones de sus poemas, publicadas en España (Editorial Cervantes y Bauzá) y en América. En México se editó primero y luego en Madrid una edición antológica de "Lectura para mujeres", crestomatía de literatura femenina.

RUTH

I

RUTH moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla,
y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha segado el camino...
Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino.

II

Booz miró a Ruth, y a los recolectores
dijo: «Dejad que recoja confiada...»
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor y en alcores,
pero podía dormir a un infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fué sus ojos saciados bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que ella encontró la miraron temblando.
Pero en su sueño Booz fué su esposo...

III

Y aquella noche el patriarca en la era
viendo los astros que laten de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dió al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vió en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fué por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

AMO AMOR

ANDA libre en el surco, bate el ala en el viento
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce, y habla lengua de ave
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciár.

No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

* Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso pára en morir!

PAISAJES DE LA PATAGONIA

I

DESOLACION

LA bruma espesa, eterna, para que olvide donde
me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.
La tierra a la que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido
si más lejos que ella sólo fueron los muertos?

¡Tan sólo ellos contemplan un mar callado y yerto
crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto
vienen de tierras donde no están los que son míos;
sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me descende, vencida:
hablan extrañas lenguas y no la conmovida
lengua que en tierras de oro mi pobre madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;
miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no cuento los instantes,
porque la noche larga ahora tan sólo empieza.

Miro el llanto extasiado y recojo su duelo,
que vine para ver los paisajes mortales.
La nieve es el semblante que asoma a mis cristales;
¡siempre será su albura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran mirada
de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa
siempre, como el destino que ni mengua ni pasa,
descenderá a cubrírme, terrible y extasiada.

II

ARBOL MUERTO

EN el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;
un árbol blanco, roto
y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.

De su bosque que ardió, sólo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!

Los que amó, y que ceñían
a su torno en Septiembre una guirnalda
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana....

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,

y alargan, porque mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¡Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

(E) EL ESPINO

EL espinó prende a una roca
su enloquecida contorsión,
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol.

La encina es bella como Júpiter,
y es un Narciso el mirto en flor.
A él le hicieron como a Vulcano,
el horrible dios forjador.

A él le hicieron sin el encaje
del claro álamo temblador,
porque el alma del caminante
ni le conozca la aflicción.

De las greñas le nacen flores,
(Así el verso le nació a Job).
Y como el salmo del leproso,
es de agudo su intenso olor.

Pero aunque llene el aire ardiente
de las siestas su exhalación,
no ha sentido en su greña oscura
temblarle un nido turbador....

Me ha contado que me conoce,
que en una noche de dolor
en su espeso millón de espinas
magullaron mi corazón.

Le he abrazado como una hermana,
cual si Agar abrazara a Job,
en un nudo que no es ternura,
porque es más desesperación.

POEMA DEL HIJO

I

¡UN hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido
de primavera alarga sus yemas hacia el cielo.
¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos,
la frente de estupor y los labios de anhelo!

Sus brazos en guirnaldas a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.

Al cruzar una madre grávida la miramos
con los labios convulsos y los ojos de ruego,
cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos.
¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!

En las noches, insomne de dicha y de visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho.
Para el que nacería vestido de canciones
yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...

El sol no parecíame para bañarlo intenso;
mirándome, yo odié, por toscas, mis rodillas;
mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso;
¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!

Y no temí a la muerte, disgregadora impura;
los ojos de él, librarán los tuyos de la nada,
y a la mañana espléndida o a la luz insegura
yo hubiera caminado bajo esa mirada...

II

Ahora tengo treinta años, y en mis sienes jaspea
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,
como la lluvia eterna de los Polos, gotea
la amargura con lágrimas lenta, salobre y fría.

Mientras arde la llama del pino, sosegada,
mirando a mis entrañas pienso que hubiera sido
un hijo mío, infante con la boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

Y con tu corazón, el fruto de veneno,
y tus labios que hubieran otra vez renegado.
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,
que sólo por ser tuyo ¡me hubiera abandonado!

Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes
lavara, en primavera, su sangre de mi pena,
si fuí triste en las landas y en las tierras clementes,
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

Y el horror de que un día con la boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
«¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?»

Siento el amargo goce de que duermas abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera
mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

Porque yo no cerrara los párpados, y loca
escuchase a través de la muerte, y me hincara,
deshechas las rodillas, retorcida la boca,
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.

Y la tregua de Dios a mí no descendiera:
en la carne inocente me hirieran los malvados,
y por la eternidad mis venas exprimieran
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

¡Bendito pecho mío en que a mi gente hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en «miserere»!

La selva hecha cenizas retoñará cien veces
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;
conmigo entran los míos a «la noche que dura».

Y como si pagara la deuda de una raza,
taladran los dolores mi pecho cual colmena.
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes,
con una ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.
✓ Se me cansan los labios de las preces fervientes
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

✓ No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
y mi mano tantee la sábana ligera.

Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero,
¡Padre nuestro que estás en los cielos! ¡Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

VIERNES SANTO

EL sol de Abril aun es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;
pero hoy no llenes la ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano en el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza,
que aun Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aun latidos,
¡aun padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,
Jesús padece.

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

GOTAS DE HIEL

NO cantes: siempre queda
a tu lengua apegado
un canto: el que debió ser entregado.

No beses: siempre queda,
por maldición extraña,
el beso al que no alcanzan las entrañas.

Reza, reza que es dulce; pero sabe
que no acierta a decir tu lengua avara
el solo Padre Nuestro que salvara.

Y no llares la muerte por clemente,
pues en las carnes de blancura inmensa
un jirón vivo quedará que siente
la piedra que te ahoga
y el gusano voraz que te destrenza.

† ¡ECHA LA SIMIENTE!

EL surco está abierto, y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente.
¡Oh, labriego, tu obra es grata al Señor!
¡Echa la simiente!

Nunca, nunca el hambre, negro segador,
a tu hogar se llegue solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor
¡echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
burla a la miseria y burla al dolor:
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en el viento Dios te besa en la frente.
Hombre que echas grano, hombre creador,
¡prospera tu rubia simiente!

HABLANDO AL PADRE

PADRE: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor,
Te llamaré
padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal
¡Con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,

me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz,
la gracia de la nieve recibir
y por el ver
la tarde arder:
por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción
y el anhelar
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad,

llevarle un don,
mi corazón,
y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
De tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

HIMNO AL ÁRBOL

ARBOL hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has levantado
con una inmensa sed de cielo:

Hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,

sin que se duerma la memoria
del cielo azul de donde vengo.

Árbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el limbo de tu esencia:

Haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Árbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada;
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
plenos de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas.

hazme en el dar un opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡Las magnas prodigalidades
salgan de mi sin agotarme!

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

Hazme sereno, hazme sereno
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

Árbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido, un ser:

¡Dame un follaje vasto y denso
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano-inmenso
rama no hallaron para hogar!

Árbol que donde quiera alienten
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

PIESECITOS

PIESECITOS de niño,
azulosos de frío,
¡Cómo os ven y no os cubren
¡Dios mío!

¡Piesecitos heridos
por los guigarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasais,
una flor de luz viva
dejais;

que allí donde poneis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marchais
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piesecitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

EL AMOR QUE CALLA

SI yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro;
pero te amo y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres ¡tan obscuro!

Tú lo quisieras vuelto un alarido,
y viene de tan hondo que ha deshecho
su quemante raudal, desfallecido,
antes de la garganta, antes del pecho.

Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte.
¡Todo por mi callar atribulado
que es más atroz que el entrar en la muerte!

CIMA

LA hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
Una pierde angustiada,
en este atardecer, el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma,
pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.

SALUTACIÓN

OS traigo en voz cansada repecho de montaña
andina, la que deja quemadas las entrañas
y mexicana luz en el ojo agrandado
de maravilla sobre mi Anahuac dorado.

Hombres que trabajais con el verso y la prosa
cual trabaja el silencio en la profunda rosa
y mis mineros en el cobre apasionado,
tengo una gracia para estar a vuestro lado:

He enseñado a leer a gente americana,
amasando verdad en lengua castellana.
Dije mi Garcilaso y mi Santa Teresa.
sacando de Castilla la norma de belleza.

Y he dicho al descastado que destiñe lo nuestro
que en español es más profundo el Padrenuestro.
Pero eso fué faena fácil de criatura:
carrera de venado por la propia llanura.

No ha sido hazaña amar el hablar de Castilla,
para que yo reciba siesta de maravilla
partiendo vuestro pan de miga generosa,
gozando vuestra fruta como la azteca diosa.

Ronda de amigos ciñeme en un cinturón fresco;
no tengo que contarles cuento miliunochesco,
sino este de mi América cual Gengis Kan lejana,
que cuando se despierta tiene la cotidiana
invitación del Norte, ¡y que se acuesta hispana!

Sigue hispana mi América, que mira indiferente
vaciar los navíos sobre su continente,
porque en la carne derramada por sus villas
continuará cuajando inéditas castillas;
hispana por su aliento puro de pestilencia
de feria, y porque es lenta, cargada de conciencia.

Yo traigo hacia vosotros los atentos sentidos,
el ojo mira, atento; el empinado oído
escucha, y, como nunca, son vivas las potencias
que van palpando a España, graves de reverencia.

Ya ví los olivares hondos de Valdemosa
poner meditación en la mar jubilosa,
y entendí es la norma de vosotros la mía:
platearnos la dicha con la melancolía.

Y cruzando Castilla la miré tajeada
de sed como mi lengua; como la volteadura
de mis entrañas era su ancha desolladura.
Soy vuestra, y ardo dentro la España apasionada
como el diente en el rojo millón de la granada.

Os fué dada por Dios una virtud tremenda;
el ganar el botín y abandonar la tienda;
perder supieron sólo España y Jesucristo,
y el mundo todavía no aprende lo que ha visto.

Sobre la tierra dura yo os amo, perdedores,
que nos mirais con limpios ojos perdonadores.
¡Qué dignas son las manos en desposeimiento!
¡Qué tranquilo costado sin épico erguimiento!

Serenos escuchais en la gruta ceñida
del corazón, caer la gota de la vida.
En esta hora espesa de los violentadores,
fétida de codicia, yo amo a los perdedores.

Palabra de mujer dijo de mi excelencia,
garganta vasca donde conozco mi ascendencia.
Yo alabo, respondiendo, la anchura de su casa
que tiene el buen calor de la profunda brasa,
la liz para gozar la cara de la amiga
y el gran silencio para que duerma la fatiga.

Su casa es la virtud del aceite precioso,
potente por la esencia y el tacto bondadoso.
La dueña abrió la casa sin preguntarme nada:
¡como el aceite, que es la piedad, sea loada.

CANCION AMARGA

¡A Y, juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey...!
.....

Este verde campo es tuyo.

¿De quién más podría ser?

Las alfalfas temblorosas
para tí se han de mecer.

Este valle es sólo tuyo.

¿De quién más podría ser?

Para que los disfrutemos
los pomares se hacen miel.

El cordero está espesando

el vellón que he de tejer,

y son tuyas las majadas.

¿De quién más podrían ser?

(¡Ay, no es cierto que tiritas

como el Niño de Belén,

y que el pecho de tu madre

se secó de padecer!)

Sí, juguemos, hijo mío,

a la reina con el rey.

MECIENDO

EL mar sus millares de olas
mece, divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece a los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra
mezo a mi niño.

MIEDO

YO no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan.
¡Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan!

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
¡Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa!

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina...!

ENTRE EL RÓDANO Y LA CAMARGA

AQUÍ en un olivar de la Provenza
saltó a mi ojo la anciana sentada,
vieja de la tarde que lame su cara,
vieja de la mano con que ha mondado
frutos y frutos,
vieja del olivar que es viejo de un año.

Y yo le dije: ¿Es bueno envejecer?
Tú no tienes pena tendida en la boca.
Caen tus brazos como cansados de un abrazo muy largo.
Y el aceite te gana
la canción, que ni mueve tu cara.

¿Te llamaste María como las que son puras?
¿Te llamaste Alejandra con las fuertes?

Sigues sentada cantando
no sé si de costumbre o de dulzura.
Y yo ignoro si nombras cantando
lo que tuviste o lo que no alcanzaste.
¿Es bueno envejecer bajo un olivo?

Cantas indiferente, cantas,
sin aupadura de frenesí ni látigo de gozo;
no sé si dices otro país o este país,
el Ródano que baja de pie como un rey,
o el cuadro de tu sepultura
en que recortas el césped tu misma
con lo que haces tus planas perfectas.

Ella seguía cantando
entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.

Volvió la cara y me miró sin verme.
—Canto palabras, digo palabras
porque he olvidado lo que he vivido.

No sé dónde estuve, no sé lo que hice,
no sé qué vuelo de faisanes rojos
se ha quedado en mis ojos parado,
ni por qué estoy entre el Ródano con la Camarga.

Sigue mellando su cantilena
como el diente del forzado
su canción, ni avanza ni acaba.
Le ayudo y le nombro países;
me siento y le cuento sucesos;
junto y le entrego nombres de mujeres.
—Así no era, dice su cuello.
Y cuando todos han pasado, dígole
el nombre mío. Me mira y grita:
—¡Así me llamaban, así me llamaban!

Yo le hablo de ella y con los olivos se va despertando;
despierta la boca, el ceño, la rodilla;
la voluntad el cuello endereza
y se le llenan de pueblos los ojos.
Después que sabe se queda cantando
lo mismo que antes, sin nombre en el canto,
de país, de mar ni de criatura.
Y suelta una a una las cosas
que yo le fuí poniendo en el regazo:
semblantes, cerros y ríos...
Así cantará de nuevo treinta años
hasta que olvide cuanto le he entregado

debajo de un olivo cargado de nudos de aceite
que entra en su canción que por él lamida
ni mueve su pecho ni mueve su cara.
Entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.

CONFESION

P ENDE en la comisura de tu boca,
pende tu confesión y yo la veo.
Casi cae a mis manos.

Dí tu confesión, hombre de pecado,
triste de pecado, sin paso alegre,
sin voz de álamos, lejano de los que amas
por la culpa que no se rasga como el fruto.

Tu madre es menos vieja
que la que te oye, y tu niño es tan tierno
que lo quemas como un helecho si se lo dices.
Yo soy vieja como las piedras para oírte;
con el rostro sin asombro y sin cólera,
cargado de piedad desde hace muchas vidas
para oírte.

Dame todos los años que tú quieras darme
y han de ser menos de los que yo tengo,
porque otros ya también, sobre otra arena

me entregaron las cosas que no se oyen en vano
y la piedad envejece como el llanto
y engruesa el corazón como el viento la duna.
Yo no sé por qué vine a tu isla
y me he sentado en tu blanca península,
yo que no duermo nunca por diez noches
bajo el mismo racimo de estrellas.

Dí tu confesión para irme con ella
y dejarte puro.
No volverás a ver la cara que te ha oído;
no volverás a oír la voz que te ha aplacado.
Yo me iré con tu culpa:
cargada de ella, veteada de ella,
casi vestida de ella.

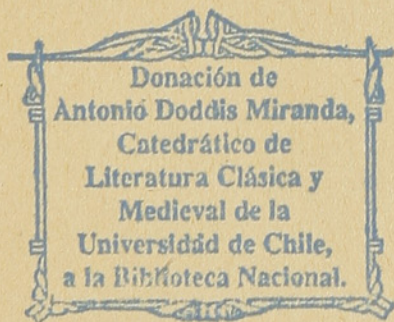
Para que tú vuelvas a ser ligero,
al bajar las pendientes y trepar las colinas.
Y otra vez besarás sin zozobra
y jugarás con tu hijo en esta peña de oro.

II

... Ahora tú echa yemas y vive
días nuevos, y que te ayude el mar con yodos:
No cantes más canciones trenzadas con tu culpa
ni nombres nunca más los pueblos
que conociste, ni sus criaturas.

Vuelve a ser el delfín y el buen petrel
repechador de cielos
o el barco en cada sol empavezado.

Pero siéntate un día
en otra peña, al sol, como me hallaste,
cuando tu hijo tenga treinta años.
Y oye al otro que llega
cargado como de alga el borde de la boca.
Pregúntale también con la cabeza baja.
Y después no preguntes, sino escucha
tres días y tres noches.
Y recibe su culpa, como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
entre tus dos rodillas.



DELMIRA AGUSTINI

Nació en 1880. Murió en 1914. Su biografía es interesante, pero demasiado conocida, para dar detalles de ella. Con todas las extravagancias de una genialidad sin cultura, se casó con un hombre que no amaba, seducida por el amor de él. Se separó al poco tiempo, hastiada de su vulgaridad. Pero la vulgaridad estaba en los detalles, porque, rechazándolo como marido, lo aceptaba por amante, concediéndole citas clandestinas. En un acceso de celos, el hombre vulgar le descerrajó un tiro en el corazón y se mató en seguida. Delmira Agustini logró así un mucho de la sangrienta popularidad que siempre ambicionó. Su afición a la muerte, a la muerte con trágicas decoraciones, también quedó satisfecha.

Exaltada, frenética, valiente, fué efectivamente la primera mujer, que se atrevió a exponer su corazón,

y hasta sus instintos a la luz pública. Su verdad cínica y palpitante, con un cinismo en que había mucho de gesta heroica, la hizo célebre. Su nombre se convirtió en fanal, para todas las mujeres que después de ella, han manejado el verso. Puede decirse que no hay una sola, que de cerca o de lejos no la haya imitado. Hay una singularidad extraordinaria en la desigualdad de su potencia lírica que se arrastra a veces por tierra y otras hiende hasta en el mismo cielo sus saetas ardientes. Honda a veces, otras es vacía y fulgurante como un fuego de artificio. "Nunca fué al colegio", dice la biografía de sus Obras Completas. Hay una virginidad selvática en su obra no corrompida por la Universidad, ni alumbrada jamás por la cultura. "Buscó el espíritu por el camino de la carne", como dice Parra del Riego, y no eligió el peor de los caminos. "Escribid con sangre, y veréis que la sangre es espíritu", dice Nietzsche. Su sangre y su carne, que convirtió la Agustini en espíritu exaltado y fervoroso.

Obras: "Libro blanco", primer libro, publicado en 1907. — "Cantos de la Mañana".—En 1913 publicó "Cálices vacíos", en cuyas páginas reunía su autora poemas de sus dos volúmenes anteriores y algunas poesías inéditas.—Bajo el rubro de "Obras Completas" se han publicado sus versos inéditos y su producción última, en Montevideo, en edición lamentable.

CUENTAS FALSAS

LOS cuervos negros, sufren hambre de carne rosa;
en engañosa luna mi escultura reflejo,
ellos rompen sus picos martillando el espejo,
y al alejarme irónica. intocada y gloriosa,
los cuervos negros vuelan, hartos de carne rosa.

Amor de burla y frío
mármol que el tedio barnizó de fuego
o lirio que el rubor vistió de rosa,
siempre lo dé, Dios mío...

O rosario fecundo,
collar vivo que encierra
la garganta del mundo.

Cadena de la tierra
constelación caída.

O rosario imantado de serpientes,
glisa hasta el fin entre mis dedos sabios,
que en tu sonrisa de cincuenta dientes
con un gran beso se prendió mi vida:
una rosa de labios.

LA CITA

EN tu alcoba techada de ensueños, has derroche
de flores y de luces de espíritu; mi alma
calzada de silencio y vestida de calma,
irá a tí por la senda más negra de esta noche.

Apaga las bujías para ver cosas bellas;
cierra todas las puertas para entrar la Ilusión;
arranca del Misterio un manojo de estrellas
y enflora como un vaso triunfal tu corazón.

¡Y esperarás sonriendo, y esperarás llorando!...
Cuando llegue mi alma, tal vez reces pensando
que el cielo dulcemente se derrama en tu pecho...

Para él, amor divino, ten un diván de calma,
o con el lirio místico que es su arma, mi alma
apagará una a una las rosas de tu lecho!

SERPENTINA

EN mis sueños de amor, ¡yo soy serpiente!
Gliso y ondulo como una corriente;
dos píldoras de insomnio y de hipnotismo
son mis ojos; la punta del encanto
es mi lengua... ¡y atraigo con el llanto!
Soy un pomo de abismo.

Mi cuerpo es una cinta de delicia,
glisa y ondula como una caricia...

Y en mis sueños de odio, ¡soy serpiente!
Mi lengua es una venenosa fuente;
mi testa es la luzbética diadema,
haz de la muerte, en un fatal soslayo
son mis pupilas; y mi cuerpo en gema
¡es la vaina del rayo!

Si así sueño mi carne, así es mi mente:
un cuerpo largo, largo de serpiente,
vibrando eterna, voluptuosamente!

LA SED

TENGO sed, sed ardiente!—dije a la maga, y ella me ofreció de sus néctares.—¡Eso no: me empalaga!—
Luego una fruta, con sus dedos de maga exprimió en una copa, clara como una estrella;

y un brillo de rubíes hubo en la copa bella.
Yo probé—Es dulce, dulce. Hay días que me halaga tanta miel, pero hoy me repugna, me estraga.—
Ví pasar por los ojos del hada una centella.

Y por un verde valle perfumado y brillante,
llevóme hasta una clara corriente de diamante.
—Bebe!—dijo—Yo ardía; mi pecho era una fragua.

Bebí, bebí, bebí la linfa cristalina...
¡Oh frescura! ¡Oh, pureza! ¡Oh, sensación divina!
—Gracias, maga; y bendita la limpidez del agua.

DESDE LEJOS

¡EN el silencio siento pasar hora tras hora,
como un cortejo lento, acompasado y frío...
¡ah! cuando tú estás lejos mi vida toda llora,
y al rumor de tus pasos hasta en sueños sonrío.

Yo sé que volverás, que brillará otra aurora
en mi horizonte, grave como un ceño sombrío;
revivirá en mis bosques tu gran risa sonora
que los cruzaba alegre como el cristal de un río.

Un día, al encontrarnos tristes en el camino,
yo puse entre tus manos pálidas mi destino.
¡Y nada de más grande jamás han de ofrecerte!

Mi alma es frente a tu alma como el mar frente al cielo:
pasaran entre ellas, tal la sombra de un vuelo,
¡la Tormenta y el Tiempo y la Vida y la Muerte!

EN SILENCIO

POR tus manos indolentes
mi cabello se desfloca;
sufro vértigos ardientes
por las dos tazas de moka
de tus pupilas calientes;
Me vuelvo peor que loca
por la crema de tus dientes
en las fresas de tu boca;

En llamas me despedazo
por engarzarme en tu abrazo,

y me calcina el delirio
cuando me yergo en tu vida,
toda de blanco vestida,
toda sahumada de lirio!

LA BARCA MILAGROSA

PREPARADME una barca como un gran pensamiento...
La llamarán «La Sombra» unos, otros «La Estrella».
No ha de estar al capricho de una mano o de un viento:
yo la quiero consciente, indomitable y bella.

La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
de vida sobrehumana; he de sentirme en ella
fuerte como en los brazos de Dios. ¡En todo viento,
en todo mar, templadme su prora de centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
iré como la rota corola de un nelumbo,
por sobre el horizonte líquido de la mar...

Barca, alma hermana, ¿hacia qué tierras nunca vistas,
de hondas revelaciones, de cosas imprevistas
iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

EL VAMPIRO

EN el regazo de la tarde triste
yo invoqué tu dolor... Sentirlo era
sentirte el corazón. Palideciste
hasta la voz; tus párpados de cera,

bajaron... y callaste... Pareciste
oír pasar la Muerte... Yo que abriera
tu herida, mordía en ella—¿Me sentiste?—
como en el oro de un panal mordiera!

Y exprimí más, traidora, dulcemente,
tu corazón herido mortalmente,
por la cruel daga rara y exquisita

de un mal sin nombre, ¡hasta sangrarlo en llanto!
y las mil bocas de mi sed maldita
tendí a esa fuente abierta en tu quebranto.

.....

¿Por qué fui tu vampiro de amargura?
¿Soy flor o estirpe de una especie obscura
que come llagas y que bebe el llanto?

LO INEFABLE

Y O muero extrañamente... No me mata la Vida
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;
Muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida,
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...

Cumbre de los martirios!... Llevar eternamente,
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas como un diente feroz!

Pero arrancarla un día en una flor que abriera
milagrosa, inviolable!... Ah, más grande no fuera
tener entre las manos la cabeza de Dios!

PLEGARIA

— **E**ROS: ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
de yo no sé qué formidable raza
de una eterna espera innenarrable.

Los cráteres dormidos de sus bocas
dan la ceniza negra del silencio,
mana de las columnas de sus hombros
la mortaja copiosa de la calma,
y fluye de sus órbitas la noche:
Víctimas del Futuro o del Misterio,
en capullos terribles y magníficos
esperan a la vida o a la Muerte.

Eros: ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?

Piedad para las vidas
que no dirán a fuego tus bonanzas
ni riegan o desgajan tus tormentas;
piedad para los cuerpos revestidos
del armiño solemne de la Calma,
y las frentes en luz que sobrellevan
grandes lirios marmóreos de pureza,
pesados y glaciales como témpanos;
piedad para las manos enguantadas
de hielo, que no arrancan
los frutos deleitosos de la Carne
ni las flores fantásticas del alma;
piedad para los ojos que aletean
espirituales párpados:
escamas de misterio,
negros telones de visiones rosas...
¡Nunca ven nada por mirar tan lejos!
Piedad para las pulcras cabelleras

—místicas aureolas—
peinadas como lagos
que nunca airea el abanico negro,
negro y enorme de la tempestad;
piedad para los ínclitos espíritus
tallados en diamante,
altos, claros, extáticos
pararrayos de cúpulas morales;
piedad para los labios con engarces
celestes, donde fulge
invisible la perla de la Hostia;
—Labios que nunca fueron
que no apresaron nunca
un vampiro de fuego
con más sed y más hambre que un abismo.—
Piedad para los sexos sacrosantos
que acoraza de una
hoja de viña astral la Castidad;
piedad para las plantas imantadas
de eternidad, que arrastran
por el eterno azul
las sandalias quemantes de sus llagas;
piedad, piedad, piedad
para todas las vidas que defiende
de tus maravillosas intemperies
el mirador enhiesto del Orgullo:

¡Apúntales tus soles o tus rayos!

Eros: ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?

FIERA DE AMOR

FIERA de amor, yo, sufro hambre de corazones,
de palomos, de buitres, de corzos o leones,
no hay manjar que más tiente, no hay más grato sabor,
había ya estragado mis garras y mi instinto,
cuando erguida en la casi ultratierra de un plinto,
me deslumbró una estatua de antiguo emperador.

Y crecí de entusiasmo; por el tronco de piedra
ascendió mi deseo como fulmínea hiedra
hasta el pecho nutrido en nieve al parecer;
y clamé al imposible corazón... la escultura
su gloria custodiaba serenísima y pura,
con la frente en Mañana y la planta en Ayer.

Perenne mi deseo en el tronco de piedra
ha quedado prendido como sangrienta hiedra;
y desde entonces muerdo soñando un corazón
de estatua, presa suma para mi garra bella;
no es ni carne ni mármol: una pata de estrella
sin sangre, sin color y sin palpitación...

Con la esencia de una sobrehumana pasión!

TU DORMÍAS

ENGASTADA en mis manos fulguraba
como extraña presea tu cabeza;
yo la ideaba estuches, y preciaba
luz a luz, sombra a sombra su belleza.

En tus ojos tal vez se concentraba
la vida, como un filtro de tristeza
en dos vasos profundos... Yo soñaba
que era una flor de mármol tu cabeza;...

Cuando tu frente nacarada a luna
como un monstruo en la paz de la laguna
surgió un enorme ensueño taciturno...

Ah! tu cabeza me asustó... Fluía
de ella una ignota vida... Perecía
no sé qué mundo anónimo y nocturno...

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Interesante "caso" de mujer, de letras, esta uruguaya, que a pesar de haber nacido en 1880, tiene en sus versos todo el acento libre de la mujer nacida en pleno siglo veinte. Gran poeta lírico, con algo de reflexivo y meditativo a la vez, esta mujer es uno de los más finos cantores que ha tenido América, y tal vez es su influencia la única perceptible en Delmira Agustini, que la superó en pasión y en arrebató lírico, pero no en cultura y sensibilidad.

Obras: Selección de sus poesías. Montevideo.

YO SOLA

YO quiero circundarte de serpientes
Ungidas de mortíferas ponzoñas;
Infiltrarte maléficos perfumes,
Encrespar junto a tí pérfidas olas;
Colgarte encima trémulas campanas
De bronce rudo, cuya voz sonora
Vertiginosamente el aire atruene
Con el eco tonante de sus glosas...
Cavarte al pie siniestras sepulturas
Abriendo sin cesar trágicas bocas;
Suspender sobre tí fúlgidas hachas,
Raudos puñales y tajantes hojas;
Posar sobre tus hombros, cuervos, buhos,
Vampiros y lechuzas pavorosas
Que soplen en el aire que te cerca
El vaho helado de sus alas lóbregas...
Desatar polvaredas, remolinos,
Rachas de tempestad, hórridas trombas,

Rayos, piras, volcanes, mares, vientos
De salvaje potencia arrolladora,
Y arrollarte en una gran mortaja
Para que nunca, nunca, nunca, otra
Se acerque a tí!

BALADA DEL ESCÉPTICO

ALMA mía
que tornas al viejo lar
con la red seca y vacía
de las orillas del mar!...
Con la red seca y vacía
que en la plenitud del día
no te atreviste a arrojar.

Yo he visto los pescadores
pescando glorias y amores
que disiparon, después;
unos llevan cosas muertas
otros las llevan desiertas,
lo mismo es...

Alma mía
que la red seca y vacía
no te atreviste a arrojar,

entre la arena y^r las olas
existen dos cosas solas,
morir o matar...

Alma mía
que traes la red vacía
de las orillas del mar...

LA ESTRELLA MISTERIOSA

YO no sé donde está, pero su luz me llama,
Oh! misteriosa estrella de un inmutable sino.
Me nombra con el eco de un silencio divino
Y el lumínar oculto de una invisible llama.
Si alguna vez acaso me aparto del camino
Con una fuerza ignota de nuevo me reclama;
Gloria, quimera, fénix, fantástico oriflama
o un imposible amor extraño peregrino.
Y sigo eternamente por la desierta vía
Tras la fatal estrella cuya atracción me guía,
Mas nunca, nunca, nunca a revelarme llega.
Pero su luz me llama, su silencio me nombra,
Mientras mis torpes brazos rastrean en la sombra
Con la desolación de una esperanza ciega.

RENDICIÓN

QUEBRANTARÉ en tu honra mi vieja rebeldía.
Si sabe combatirme la ciencia de tu mano
Si tienes la grandeza de un templo soberano
Ofrendaré mi sangre para tu idolatría.
Naufragará en tus brazos la prepotencia mía
Si tienes la profunda fruición del oceano;
Y si sabes el ritmo de un canto sobrehumano
Silenciarán mis arpas su eterna melodía.
Me volveré paloma si sientes ampliamente
La garra vencedora del águila potente.
Si sabes ser fecundo seré tu floración.
Y brotaré una selva de cósmicas entrañas
Cuyas salvajes frondas románticas y hurañas
Conquistará tu imperio, si sabes ser león.

EL ATAUD FLOTANTE

MI esperanza, yo sé que tú estás muerta
No tienes de los vivos
Más que la inestable fluctuación perpetua;
No sé si un tiempo vigorosa fuiste,
Ahora, estás muerta;
Te han roído quien sabe
Qué larvas metafísicas que hicieron
Entre tu dulce carne tu cosecha.

En vano
El mágico abanico de tus alas
Con erizadas ráfagas que oreá
Soltando al aire turbadoras chispas,
Yo sé que tú eres de esas
Que vuelven redivivas en la noche
A decir otra vez su última verba...
Ya te he visto venir
Blanca y piadosa como un santo espíritu
Sobre el vaivén de las marinas hondas,
Te he visto en el fulgor de las estrellas
Y hasta los bordes de mi quieta planta
Danzan tus llamas en festivas rondas...
Pero si al interior vuelvo los ojos
Veo la sombra de tu mancha negra,
Miro la nebulosa en el vacío
Dar poco a poco su visión suspensa;
Sin el miraje de los fuegos fatuos
Veo la sombra de tu mancha negra.
No llores porque sé, los ojos míos
Saben vivir en lontananzas huecas,
Míralos secos y tranquilos, márchate
Y el flotante ataúd raposar deja
Hasta que junto a tí también tendida
Nos abracemos como hermanas buenas
Y otra vez abrazadas nos durmamos
En el sepulcro vivo de la tierra.

SERENATA

TE gusta que esté a tu lado,
Te gusta mi canto alado,
Aunque tú no me lo digas, mi amor...
Eres triste peregrino,
Amas la gloria del trino
Y yo soy un ruisñor

La misma fuente murmura
Tu ventura y mi ventura,
Aunque tú no me lo digas, mi bien...
Y aunque no me digas nada,
Ni tu voz ni tu mirada,
Todo tú me dices: «¡Ven!»

Alguna cercana noche
O alguna noche lejana
Romperá mi pico el broche
Secreto de tu ventana,

Y con las alas tendidas
Para remontarte en ellas,
Llevaré nuestras dos vidas
A fundirse en las estrellas...
Verás que dulce fulgor,
Aunque tu no me lo digas, mi amor...

DESDE LA CELDA

A Y del que fuera un día
novio de la soledad...
Después de este amor supremo,
a quién amará?

Quién sin dar nada se entrega
y estrecha sin abrazar?
Quién de un vacío tesoro
hace que se pida «más»?

Qué araña invisible y muda,
carcelera singular,
teje sus rejas abiertas
y el cautivo no se va?

Los aldabones golpean
con rumor de eternidad,
y el corazón solitario
le responde; «más allá»...

Sí, más allá de sí mismo
más allá del propio mal,
amorosamente solo
con su mal de soledad.

.....

Afuera ríen los soles
sus vitrinas de cristal
racimos de perlas vivas
al pasajero le dan.

Por los caminos del mundo
cruza la marcha triunfal,
evohé..... siga la fiesta...
¡ay!
Y de aquel que fuera un día
novio de la soledad!...

ALFONSINA STORNI

Extraño caso de mujer que piensa tanto como siente, Alfonsina Storni es sin duda la mejor poetisa argentina y una de las mejores de América. Extraordinariamente intelectual, su verso es puro y culto, de una gran sencillez que es al mismo tiempo una suprema elegancia. Apenas si se ha enredado un poco en las filas izquierdistas, para lo cual, se ve, no tiene afición ni temperamento. Su gusto por la sencillez y su nítida visión de las cosas, la alejan quizás del obscurantismo del día.

Obras: "La Inquietud del Rosal".—"El Dulce Daño". Este libro, que apareció en 1918, fué reeditado en 1920.—"Irremediablemente".—"Languidez".—"Ocre".

Una selección de sus poemas ha sido publicada por la Editorial Cervantes de Barcelona.

TU ME QUIERES BLANCA

TÚ me quieres alba,
Me quieres de espumas,
Me quieres de nácar.

Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume de tenue.
Corola cerrada.

Ni un rayo de luna
Filtrado me haya,
Ni una margarita
Se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea,
Tú me quieres blanca,
Tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas
Las copas a mano,

De frutos y mieles
Los labios morados.
Tú que en el banquete
Cubierto de pámpanos
Dejaste las carnes
Festejando a Baco.
Tú que en los jardines
Negros del Engaño
Vestidos de rojo
Corriste al estrago.
Tú que el esqueleto
Conservas intacto
No sé todavía
Por cuales milagros,
Me pretendes blanca
(Dios te lo perdone)
Me pretendes casta
(Dios te lo perdone)
Me pretendes alba!

Huye hacia los bosques
Vete a la montaña;
Límpiate la boca;
Vive en las cabañas;
Toca con las manos
La tierra mojada;
Alimenta el cuerpo
Con raíz amarga;

Bebe de las rocas;
Duerme sobre escarcha;
Renueva tejidos
Con salitre y agua;
Habla con los pájaros
Y lévate al alba,
Y cuando las carnes
Te sean tornadas,
Y cuando hayas puesto
En ellas el alma
Que por las alcobas
Se quedó enredada,
Entonces, buen hombre,
Preténdeme blanca,
Preténdeme nivea,
Preténdeme casta.

VEINTE SIGLOS

PARA decirte amor que te deseo
Sin los rubores falsos del instinto
Estuve atada como Prometeo,
Pero una tarde me salí del cinto.

Son veinte siglos los que alzó mi mano
Para poder decirte sin rubores:
—Que la luz edifique mis amores.—
Son veinte siglos que movió mi mano!

Vuelan las flechas sobre mis cabellos,
Vuelan las flechas aguzados dardos;
Son veinte siglos de pesados fardos!
Sentí su peso al libertarme de ellos...

Y no creas que tengo el brazo tuerte,
Mi brazo tiembla debilucho y magro,
Pero he llegado entera hasta el milagro:
Estoy acompañada por la Muerte.

AGUA

A GUA, agua, agua!
Eso voy gritando por calles y plazas.
Agua, agua, agua!

No quiero beberla,
No quiero tomarla,
No es la boca mía la que pide agua.

El alma de seca, de seca
Se rasga.
Por eso me lanzo por calles y plazas
Pidiendo a destajo:
Agua, agua, agua!

Abridme las venas,
Vertedles la clara corriente de un río.
Agua, agua, agua!

OVEJA DESCARRIADA

OVEJA descarriada, dijeron por ahí.
Oveja descarriada. Los hombros encogí.

En verdad descarriada. Que a los bosques salí;
Estrella de los cielos en los bosques pací.

En verdad descarriada. Que el oro que cogí
No me duró en las manos y a cualquiera lo dí.

En verdad descarriada, que tuve para mí
El oro de los cielos por cosa baladí.

En verdad descarriada, que estoy de paso aquí.

CARTA LIRICA A OTRA MUJER

VUESTRO nombre no sé, ni vuestro rostro
Conozco yo, y os imagino blanca,
Débil como los brotes iniciales,
Pequeña, dulce... Ya ni sé... Divina.
En vuestros ojos placidez de lago
Que se abandona al sol y dulcemente
Le absorbe su oro mientras todo calla.
Y vuestras manos, finas, como aqueste
Dolor, el mío, que se alarga, alarga,

Y luego se me muere y se concluye
Así, como lo véis, en algún verso.
Ah ¿sois así? Decidme si en la boca
Tenéis un rumoroso colmenero,
Si las orejas vuestras son a modo
De pétalos de rosas ahuecados...
Decidme si lloráis, humildemente,
Mirando las estrellas tan lejanas,
Y si en las manos tibias se os aduermen
Palomas blancas y canarios de oro.
Porque todo eso y más vos sois, sin duda;
Vos, que tenéis el hombre que adoraba
Entre las manos dulces, vos la bella
Que habéis matado, sin saberlo acaso,
Toda esperanza en mí... Vos, su criatura.
Porque él es todo vuestro; cuerpo y alma
Estáis gustando del amor secreto
Que guardé silencioso... Dios lo sabe
Por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.
Os lo confieso que una vez estuvo
Tan cerca de mi brazo, que a extenderlo
Acaso mía aquella dicha vuestra
Me fuera ahora... ¡sí! acaso mía...
Mas ved, estaba el alma tan gastada
Que el brazo mío no alcanzó a extenderse:
La sed divina, contenida entonces,
Me pulió el alma... Y él ha sido vuestro!

¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos
 El se adormece y le decís palabras
 Pequeñas y menudas que semejan
 Pétalos volanderos y muy blancos.
 Acaso un niño rubio vendrá luego
 A copiar en los ojos inocentes
 Los ojos vuestros y los ojos de él
 Unidos en un espejo azul y cristalino...
 ¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia!
 ¡Arrancaban tan firmes los cabellos
 A grandes ondas, que a tenerla cerca
 No hiciera yo otra cosa que ceñirla!
 Luego dejad que en vuestras manos vaguen
 Los labios suyos; él me dijo un día
 Que nada era tan dulce al alma suya
 Como besar las femeninas manos...
 Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve
 Vagando por afuera de la vid,
 —Como aquellos filósofos mendigos
 Que van a las ventanas señoriales
 A mirar sin envidia toda fiesta—
 Me allegue humildemente a vuestro lado
 Y con palabras quedas, susurrantes,
 Os pida vuestras manos un momento
 Para besarlas, yo, como él las besa..
 Y al recubrirlas, lenta, lentamente,
 Vaya pensando: aquí se aposentaron
 ¿Cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo

En las divinas manos que son tuyas?
Oh qué amargo deleite, este deleite
De buscar huellas tuyas y seguir las
Sobre las manos vuestras tan sedosas,
Tan finas, con sus venas tan azules!
Oh, que nada podría, ni ser tuya,
Ni dominarle el alma, ni tenerlo
Rendido aquí a mis pies, recompensarme
Este horrible deleite de hacer mío
Un inefable, apasionado rastro.
Y allí en vos misma, sí, pues sois barrera,
Barrera ardiente, viva, que al tocarla
Ya me remueve este cansancio amargo,
Este silencio de alma en que me escudo,
Este dolor mortal en que me abismo,
Esta inmovilidad del sentimiento
Qué sólo salta, bruscamente, cuando
Nada es posible!

SOY

SOY suave y triste si idolatro, puedo
Bajar el cielo hasta mi mano cuando
El alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa,
Ni se acurruca tanto en un ensueño,

Ni cupo en otro cuerpo, así. pequeño,
Un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento
Como pájaros vivos, un momento,
Aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende,
Y sé callar cuando la luna asciende
Enorme y roja sobre los barrancos.

TÚ QUE NUNCA SERÁS

SÁBADO fué y capricho el beso dado,
Capricho de varón, audaz y fino,
Mas fué dulce el capricho masculino
A este mi corazón, lobeño alado.

No es que crea, no creo, si inclinado
Sobre mis manos te sentí divino
Y me embriagué, comprendo que este vino
No es para mí, más juego y rueda el dado...

Yo soy ya la mujer que vive alerta,
Tú el tremendo varón que se despierta
Y es un torrente que se ensancha en río.

Y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, no resisto más, me tienes toda,
Tú, que nunca serás del todo mío.

LOS COROS

MIRÉ en el escenario a los doscientos seres
De abigarrado aspecto que formaban el coro,
Extraños y ridículos, relumbrantes de oro,
Altos, bajos, enjutos; hombres, niños, mujeres...

¿Quiénes eran? Acaso en el seno de alguna
Fué muerto el ser pequeño en su tercera luna.
Acaso allí anidaban el traidor, la hechicera,
Aquella que sustrae, la astuta, la ramera.

Cantaron. ¡Oh, pureza! Oh, sinfonía clara!
Era como si el aire, en suspenso, llevara,
Diluidos en notas, corazones divinos.

Entonces, comprendiendo, a mí misma me dije:
—Para cumplir algunos de sus nobles destinos
El arte, al fin, ignora la materia que elige

EPITAFIO PARA MI TUMBA

AQUÍ descanso yo: dice Alfonsina
El epitafio claro, al que se inclina.

Aquí descanso yo, y en este pozo,
pues que no siento, me solazo y gozo.

Los turbios ojos muertos ya no giran,
Los labios, desgranados, no suspiran.

Duermo mi sueño eterno a pierna suelta,
Me llaman y no quiero darme vuelta.

Tengo la tierra encima y no la siento,
Llega el invierno y no me enfría el viento.

El verano mis sueños no madura,
La primavera el pulso no me apura.

El corazón no tiembla, salta o late,
Fuera estoy de la línea de combate.

¿Qué dice el ave aquélla, caminante?
Tradúceme su canto perturbante:

«Nace la luna nueva, el mar perfuma,
«Los cuerpos bellos bañanse de espuma.

«Va junto al mar un hombre que en la boca
«Lleva una abeja libadora y loca:

«Bajo la blanca tela el torso quiere
«El otro torso que palpita y muere.

Los marineros sueñan en las proas,
«Cantan muchachas desde las canoas.

«Zarpan los buques y en sus claras cuevas
«Los hombres parten hacia tierras nuevas.

«La mujer en el suelo está dormida,
«Y en su epitafio ríe de la vida.

«Como es mujer, grabó en su sepulcro
«Una mentira aún: la de su hartura».

PARÁSITOS

JAMÁS pensé que Dios tuviera alguna forma.
Absoluta su vida; y absoluta su norma.

Ojos no tuvo nunca: mira con las estrellas.

Manos no tuvo nunca: golpea con los mares.

Lengua no tuvo nunca: habla con las centellas.

Te diré, no te asombres:

Sé que tiene parásitos: las cosas y los hombres.

LA INÚTIL PRIMAVERA

VEINTIOCHO veces van que yo la veo
Trabajando capullos de rosal;
Llegó cumpliendo, ardiente, mi deseo,
Cuando la tuve todo ha sido igual.

Preparé un himno y se murió en gorjeo,
Me eché a ser río y terminé canal;
En otra primavera ¡devaneo!
Ya está de nuevo y sigo con mi mal.

¡Veintiocho veces van!... De diez, yo guardo
Memoria triste de aquel paso tardo
Con que los días del invierno van.

Hollando el alma para hacerle casa:
¡Veintiocho veces van que inútil pasa!
¿Cuántas, por verla aún, me faltarán?...

EL RUEGO

SEÑOR, Señor, hace ya tiempo, un día
Soñé un amor como jamás pudiera
Soñarlo nadie, algún amor que fuera
La vida toda, toda la poesía.

Y pasaba el invierno y no venía,
Y pasaba también la primavera,
Y el verano de nuevo persistía,
Y el otoño me hallaba con mi espera.

Señor, Señor: mi espalda está desnuda:
¡Haz restallar allí, con mano ruda,
El látigo que sangra a los perversos!

Que está la tarde ya sobre mi vida,
Y esta pasión ardiente y desmentida
La he perdido, Señor, haciendo versos!

D O L O R

QUISIERA esta tarde divina de Octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro, y las aguas verdes,
Y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas
Y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;

Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear;

Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en el agua y no suspirar;

Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello, no desear amar

Perder la mirada, distraídamente,
Perderla y que nunca la vuelva a encontrar;

Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

ASÍ

HICE el libro así:
Gimiendo, llorando, soñando, ay de mí

Mariposa triste, leona cruel,
Dí luces y sombras todo en una vez.

Cuando fui leona nunca recordé
Cómo pude un día mariposa ser.
Cuando mariposa jamás me pensé
Que pudiera un día zarpar o morder.
Encogida a ratos y a saltos después
Sangraron mi vida y a sangre maté.
Sé que, ya paloma, pesado ciprés,
O mata florida, lloré y más lloré.
Ya probando sales, ya probando miel,
Los ojos lloraron a más no poder.
Da entonces lo mismo, que lo he visto bien,
Ser rosa o espina, ser néctar o hiel.

Así voy a curvas con mi mala sed
Podando jardines de todo jaez.

PUDIERA SER

PUDIERA ser que todo lo que en verso he sentido
no fuera más que aquello que nunca pudo ser,
no fuera más que algo vedado y reprimido
de familia en familia, de mujer en mujer.

Dicen que en los solares de mi gente, medido
estaba todo aquello que se debía hacer...
Dicen que silenciosas las mujeres han sido
de mi casa paterna... ¡Ah, bien pudiera ser...!

A veces en mi madre apuntaron antojos
de liberarse, pero, se le subió a los ojos
una honda amargura y en la sombra lloró.

Y todo eso mordiente, vencido, mutilado,
todo eso que se hallaba en su alma encerrado,
pienso que, sin quererlo, lo he libertado yo.

VERSOS A LA MUJER INTOCADA

BIEN haya la criatura celeste a quien ajenos
ojos no le mancharon de codicia los senos,
ni la calumnia errátil altibajó en sus iras,
ni, estéril, el deseo la consumió en sus piras.

Bien haya la criatura de milagro que pudo,
por las veredas pétreas, pisando el pie desnudo
junto a las turbias casas de babeles mohosas,
dejar, como de luná, las huellas luminosas!

Y pudo, a su destino de infamia sustraída,
no ser el cráneo obscuro que contiene el engaño,
ni la verde mirada cenagosa del daño,
ni el vaho de los bosques perversos de la vida.

No boca aleccionada le trasmitió su ciencia
turbándole los ojos de carnales asombros,
ni el gotear de las negras aguas de la experiencia
hizo volar las blancas palomas de sus hombros.

Los dulces, tibios ríos de leche, destinados
a subir a las níveas colinas de sus pechos
en sus tercos portales se vieron arrestados
y a la espiga y al viento se volvieron deshechos.

El tropel de sollozos—que guardaba en sus venas
los venideros seres que le fueran cadenas
trasmisoras—en casa de silencio nutrido
adulzoró las garras y se quedó dormido.

Cofre su bello cuerpo, mas de llave perdida,
el habil juego astuto con que mueve sus hilos
el genio dominante que nos llama a la vida
halló sus ojos muertos y sus vasos tranquilos.

(Como entre piel y carne puede obstinarse un clavo,
como el nudo que corta de pronto una armonía,
así pudo su clara carne «que no sabía»
ser la desarmonía que evita el nuevo esclavo).

JUANA DE IBARBOUROU

Especie de Diana de una Arcadia feliz, bello Narciso enamorado de sí mismo, Juana de Ibarbourou es la más femenina de las poetisas de América. Sensual, con la sensualidad más casta que existe, la sensualidad del amante único, Juana canta el amor conyugal con la misma pasión con que cantara Santa Teresa el amor divino. Ingenua, coqueta, laboriosa, pueril, mujer, en una palabra, mujer siempre, que siente sin querer pensar, ni detener el ánimo gentil en complicación alguna, hilvana versos mientras besa, mientras saborea las frutas de su huerto, mientras piensa en su hijo. Poetisa a su pesar y poetisa eximia, se entrega a la vida plena de voluptuosidad, de la voluptuosidad de vivir, que es ver el sol, la lluvia y sus plantas favoritas. Faunesa de las selvas de su corazón, en fuga perpetua del deseo que la persigue, Jua-

na tiene entre los labios el acento de la esposa casta y perfecta, limpia de pensamientos y plena de fuerte sensualidad. Sin haber pretendido quizás, sino dar ingenua libertad a sus pensamientos exquisitos, se ha convertido en una de las más excelsas poetisas de América.

Obras: "Lenguas de Diamante". Primera edición, con prólogo de Unamuno, publicada en Buenos Aires, por la Cooperativa Editorial. Edición definitiva: Montevideo, 1927.—"Raíz Salvaje", Montevideo.—"El Cántaro Fresco", S. José de Costa Rica.—Selección: "Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas", Barcelona.

EL FUERTE LAZO

CRECÍ
para ti.
Tálame. Mi acacia
implora a tus manos su golpe de gracia.

Fluí
para tí.
Córtame. Mi lirio
al nacer dudaba si ser flor o cirio.

Fluí
para tí.
Bébeme. El cristal
envidia lo claro de mi manantial.

Alas dí
por tí.
Cázame. Falena
rodeó tu llama de impaciencia llena.

Por tí sufriré.

¡Bendito sea el daño que tu amor me dé!

¡Bendita sea el hacha, bendita la red,

y loadas sean tijeras y sed!

Sangre del costado

manaré, mi amado.

¿Qué broche más bello, qué joya más grata,

que por tí una llaga color de escarlata?

En vez de abalorios para mis cabellos

siete espinas largas hundiré entre ellos.

Y en vez de zarcillos pondré en mis orejas,

como dos rubíes dos ascuas bermejas.

Me verás reír

viéndome sufrir.

Y tú llorarás

y entonces... más mío que nunca serás!

COMO LA PRIMAVERA

COMO una ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.

Cerrando los ojos su olor aspiraste
diciéndome luego:

—¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgos?
¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan negras
porque acaso en ellas exprimiste un zumo
retinto y espeso de moras silvestres?
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve!
Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas.
¿Qué perfume usas? Y riendo, te dije:
—¡Ninguno, ninguno!
Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

NOCHE DE LLUVIA

LLUEVE... Espera, no duermas.
Estáte atento a lo que dice el viento
y a lo que dice el agua que golpea
con sus dedos menudos en los vidrios.

Todo mi corazón se vuelve oídos
para escuchar a la hechizada hermana,
que ha dormido en el cielo,
que ha visto el sol de cerca.

Y baja ahora elástica y alegre
de la mano del viento,
igual que una viajera
que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo ondeante!
¡Con qué avidez se esponjará la hierba!
¡Cuántos diamantes colgarán ahora
del ramaje profundo de los pinos!

Espera. No te duermas. Escuchemos
el ritmo de la lluvia.
Apoya entre mis senos
tu frente taciturna.
Yo sentiré el latir de tus dos sienes
palpitantes y tibias.

Tal cual si fueran dos martillos vivos
que golpearan mis carnes.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos los dos un mundo,
aislado por el viento y por la lluvia
entre la cuenca tibia de una alcoba.

Espera, no te duermas. Esta noche
somos acaso la raíz suprema,
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

MELANCOLÍA

SOY tal como una brizna en las manos del viento.
El viento está enojado y me tira el cabello.

Y la lluvia me dice:—Amiga, ¿quieres cuentas?
y pródiga me cubre de gotas cristalinas.

Me paseo despacio con fruición de golosa.
A través de los vidrios me contempla la gente
y asombrada murmura: ¿Está loca? ¡Pasearse
sin paraguas, lo mismo que una rana a la lluvia!

Y mis ojos cubistas, ven la gente cuadrada
a fuerza de sensata, y con pena murmuro:
—¡Quién pudiera ser niño y sentarse en la calle
sin angustias ni trabas a jugar con el lodo!

RESACA

LA espuma me salpica como un rocío blanco
y el viento me enmaraña el cabello en la frente.
A mi espalda está el verde respaldo del barranco
y a mis pies el gran río de elástica corriente.

Rumores de la selva y rezongos del agua.
Y tal como una lepra sobre el dorso del río,
la mancha oblonga y negra que pinta la piragua,
en la fresca penumbra del recodo sombrío.

No medito, no sueño, no anhelo, estoy ligera
de todo pensamiento y de toda quimera.
Soy en este momento la hembra primitiva

atenta sólo al grave problema de su cena,
y vigilo glotona, con una ansia instintiva
el corcho que se mece sobre el agua serena.

RAIZ SALVAJE

ME ha quedado clavada en los ojos,
la visión de ese carro de trigo,
que cruzó, rechinante y pesado,
sembrando de espigas el recto camino.

¡No pretendas, ahora, que ría!
¡Tú no sabes en qué hondos recuerdos
estoy abstraída!

Desde el fondo del alma me sube
un sabor de pitanga a los labios.
Tiene aun mi epidermis morena,
no sé qué fragancias de trigo emparvado.
¡Ay, quisiera llevarte conmigo
a dormir una noche en el campo
y en tus brazos pasar hasta el día
bajo el techo alocado de un árbol.

Soy la misma muchacha salvaje,
que hace años trajiste a tu lado.

LA HIGUERA +

PORQUE es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
 ciruelos redondos,
 limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
 en torno a la higuera.
Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que yo paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
—Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda, hará nido
en su alma sensible de árbol!

Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo, le cuente:
—Hoy a mí me dijeron hermosa.

EL AGUA CORRIENTE

ESTA agua que viene
por los nervios pardos de las cañerías,
a dar a mi casa su blanca frescura
y el don de limpieza de todos los días;

Esta agua bullente
que el grifo derrama,
está henchida del hondo misterio
del cauce del río, del viento y la grama.

Yo la miro con ávido anhelo...
Es mi hermana la onda viajera
que a la inmensa ciudad ha venido
de no sé qué lejana pradera.

Y parada ante el grifo que abierto
me salpica de cuentas la enagua,
siento en mí la mirada fraterna
de los mil ojos claros del agua.

MUJER X

SI yo fuera hombre, ¡qué hartazgo de luna,
de sombra y silencio me había de dar!
¡Cómo, noche a noche, solo ambularía
por los campos quietos y por frente al mar!

Si yo fuera hombre, ¡qué extraño, qué loco
tenaz vagabundo que había de ser!
¡Amigo de todos los largos caminos
que invitan a ir lejos para no volver!

Cuando así me acosan ansias andariegas
¡qué pena tan honda me da ser mujer!

VIDA GARFIO

AMANTE, no me lleves si muero al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
alboroto divino de alguna pajarera
o junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra amante. Casi sobre la tierra
donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
alargados en tallos suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
más breve. Yo presiento
la lucha de mi carne por volver hacia arriba,
por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá bajo mis manos
podrán estarse quietas.
Que siempre como topos arañarán la tierra
en medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrojame semillas. Yo quiero que se enraicen
en la grieta amarilla de mis huesos menguados.
¡Por la parda escalera de las raíces vivas
yo subiré a mirarte en los lirios morados!

REBELDE

CARONTE, yo seré un escándalo en tu barca.
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren
y bajo tus miradas de siniestro patriarca
las tímidas y tristes en bajo acento oren,

yo iré como una alondra cantando por el río
y llevaré a tu barca mi perfume salvaje
e irradiaré en las ondas del arroyo sombrío
como una azul linterna que alumbrara en el viaje.

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros
que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros,
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.

Y extenuada de sombra, de valor y de frío,
cuando quieras dejarme a la orilla del río
me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.

LACERÍA

NO codicies mi boca. Mi boca es de ceniza
y es un huero sonido de campanas mi risa.

No me oprimas las manos. Son de polvo mis manos,
y al estrecharlas tocas comidas de gusanos.

No trences mis cabellos. Mis cabellos son tierra
con la que han de nutrirse las plantas de la sierra.

No acaricies mis senos. Son de greda los senos
que te empeñas en ver como lirios morenos.

¿Y aun me quieres, amado? ¿Y aun mi cuerpo pretendes
y largas de deseos, las manos a mí tiendes?

¿Aun codicias amado la carne mentirosa
que es ceniza y se cubre de apariencias de rosa?

Bien, tómame. ¡Oh, laceria!
¡Polvo que busca al polvo sin sentir su miseria!

LA COPA

CON un trote recio bajo la maraña
balanceante y fresca de los mimbres anchos,
marcha la tropilla simétrica y ávida,
hacia el río elástico.

Tienen sed los potros. ¡Cómo los envidia!
Nada de garrafas, ni copas, ni vasos,
beberán del río, beberán del río,
hundiendo en el agua sus bellos y cascós.

La copa estupenda tiene olor a monte
Dios mismo la hizo, Dios mismo la llena.
Adorna sus bordes con los camalotes
y sobre ella aprieta la red de la selva.

¡Cuántos años hace que yo bebo en copas
que he olvidado el vaso rumoroso y hondo!
Se ha civilizado la muchacha loca.
Cada día el pasado se hace más remoto.

Mas sueño: una tarde vendremos al río,
yo hundiré las manos en las ondas claras,
y riendo gozosa, le diré a mi amigo:
bebe, prueba el gusto de verdad del agua.

CORAZÓN DOLORIDO DE SUEÑOS

CON la hoz lunar sobre los hombros,
se va la noche por la pradera celeste de la madrugada.
En la rama musgosa del tiempo
un nuevo día abre su flor de plata.

La bruja Silt hace bailar los siete colores
sobre el globo azul de la brisa recién llegada.

Corazón dolido de sueños nocturnos,
hazte a la mar con el sol marino,
toma estas tres margaritas de oro
para ir deshojándolas en el viento.

Toma esta caracola de nácar
para jugar a las escondidas con los ecos.

Cuando tires la red en el agua espejante,
arroja tu fiebre como pasto de los peces de la mañana.
Corazón dolido de sueños desnudos,
aligérate en la luz y vístete con la inocencia del alba.

ANGUSTIA

EL halcón de la noche hizo presa sangrante
De la última paloma de la luz.
El cielo empieza a desgranar las mazorcas fulgurantes.

Aliento de los verdes desiertos, el viento del Sur
Haz de trigo menguado día tras día.
¿Qué te daré cuando me falte esta juventud?

Vientos de los desiertos sin nombre ha de aventar
La gavilla de mi cuerpo que cercenará el duro segador.
Llévame a las colinas salvadoras del día.

El águila de las horas oscuras hace su presa de mi corazón
y el gamo fatigado de mi angustia nocturna
Jadea en busca de una dorada laguna de sol.

FUGITIVA

GLOTONA por las moras tempraneras
Es noche cuando torno a la alquería,
Cansada de ambular, durante el día,
Por la selva en procura de moreras.

Radiante, satisfecha y despeinada,
Con un gajo de aroma en la cabeza,

Parezco una morena satiresa
Por la senda de acacias extraviada.

Mas me asalta el temor ardiente y vivo
De que me sigue un fauno en la penumbra,
Tan cerca que mi oído ya columbra
El eco de su paso fugitivo.

Y huyo corriendo, palpitante y loca
De miedo, pues tan próximo parece,
Que mi gajo de aromos se estremece
Rozado por las barbas de su boca.

LOS DÍAS

A TRACCIÓN sin tregua de la vida a pesar de la molienda
A pesar de la molienda perdida de las horas.
No existe el límite, y los horizontes se multiplican
A través de la luz total y de la compacta sombra.

Alfarero de los días

Que apenas rompes un vaso contra la puerta azul de crepúsculo
Ya empiezas afanoso a redondear el del alba próxima,
¡Bendición para tus manos que siempre lo hacen distinto y único!

El de ayer tenía los bordes de piedra áspera
y la concavidad opaca de un algibe vacío.
¡Ya llegarán otros ahuecados en panales
o en la suavidad de un pétalo vivo!

Vendrá el del gozo y el de la fatiga,
El de la esperanza y el de no esperar nada,
El que será ágil como un gamo sin sed
Y el del sueño que nunca llega a la nueva mañana.

Yo ahora aguardo a uno, claro y puro,
Que ha de tener lo dorado de la miel intacta.

ALEGRÍA SIN CAUSA

EN la piragua roja del medio día
He arribado a las islas de la alegría sin causa.
El pan tiene un sabor de pitangas y han mezclado miel
A la frescura desconocida del agua.

Luego ¡oh sol! remero indio,
Me llevarás por los ríos en declive de la tarde
Hasta la costa donde la noche abre el ramaje de sus sauces finos.

Traspasa una de tus flechas en mi puño.
Yo la llevaré en alto como un brazalete flamígero
Cuando veloz atraviere los bosques nocturnos.

En mi corazón se hará clarín de bronce resonante
Un grito de triunfo y de plenitud.

Y llegaré a las colinas de la mañana nueva
Con la sensación maravillada de haber dormido
Apoyando la cabeza en las rodillas de la luz.

LA HORA

TÓMAME ahora que aun es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
Como una campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aun es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

SANTIFICADA

BENDITA la herida que llaga mi planta,
Bendita la angustia que borró mi risa.
Mi boca es más pura desde que no canta
Y mis pies llagados andan más de prisa.

Bendita la saya de burda arpillera
Que en mi piel dibuja pardas rozaduras.
Hoy soy más dichosa que lo que antes era
Entre mis tapices y mis colgaduras.

Benditos los negros brazaletes largos
De la cuerda ruda que hirió mis muñecas.
Me saben a mieles los jugos amargos
Y en éxtasis beso mis dos manos secas.

Carroña yo he hecho del cuerpo menguado
Que con siete inmundos chacales dormía.
Los siete chacales rojos del pecado
Que paseé triunfante por Alejandría.

Estiércol yo he hecho de la carne loca
Que en largas orgías fatigó su nardo.

¡Y hoy un lirio de oro floreció en mi boca
Y a mis pies, sumiso, se ovilló un leopardo!

A mi alma pura por la penitencia,
Ha llegado el soplo claro de la gracia.
Y un rosal se eleva de mi pestilencia
¡Y un halo corona mi cabeza lacia!

MARIA MONVEL

De María Monvel ha escrito Gabriela Mistral:

"La mejor poetisa de Chile, pero más que eso: una de las grandes poetisas de nuestra América, próxima a Alfonsina Storni por la riqueza del temperamento, a Juana por la espontaneidad.

Empecé por admirarla y he acabado por quererla. Me vino su estimación de aquella clara honradez artística suya. Verso fácil que rebalsa la copa llena del sentimiento, fácil por la plenitud. No se inventa nunca el sentimiento (cosa tan común entre las mujeres). Expresión nítida, a causa de la misma verdad del motivo. Ninguna dureza; su estrofa posee lo dichoso de los verdes canales chilenos. En María Monvel la tortura se halla en el espíritu, pero el verbo no conoce confusión ni torcedura desgraciada. Dije que su temperamento era rico como el de Alfonsina. Sí,

todos los motivos humanos: la tierra, "el paisaje", el amor, la coquetería también, la maternidad, el juego. Parece en ocasiones una mujer madura y a veces se la mira jugar como un niño con los asuntos frívolos. En verdad, tiene la madurez, porque la vida le fué anticipada en dolor; pero no tiene mi envenenamiento por la amargura. Ha vigilado su corazón, ha sacado sus ojos a tiempo del subterráneo con grasos murciélagos de la tristeza, para llevarlos a la pradera verde, al aire feliz. A tiempo también llegó a salvarla el compañero, y ahora camina por una playa dorada con la cara dichosa contra el viento. Llena de elegancia interior, la elegancia que viene de la flexibilidad del espíritu. Exenta de hieratismo. Lejos del Escribe y de la Isis egipcia, para bien de su estrofa viva."

Obras: "Remansos de ensueño", versos de juventud.—"Fué así". —Una selección de sus mejores poemas, con el agregado de algunos inéditos, publicó en 1926 la Editorial Cervantes de Barcelona.

NIÑOS

LOS niños se agrupan en mi derredor,
Cuentos y más cuentos piden incansables.

Las niñas prefieren los cuentos de amor
Y los niños otros cuentos más amables,
Y gustan así, de guerras y viajes,
De astucia, de ingenio y de oro escondido.
Las niñas exigen descripción de trajes,
Los niños que el ogro resulte vencido.
Para conseguir cuentos de mi boca
Una pequeñita me ruega en voz queda,
Otro, con sus labios, mis dos manos toca,
Y otra, hecha un ovillo, a mis plantas rueda.
Una, regalona, se trepa en mi halda
Y la más mimosa, acariciadora
Con sus besos puros mi mejilla escalda
Insinuante ya y tentadora.
«¡Quiero un cuento nuevo!» el mayor me grita.
«Yo, Caperucita» dice una adorable,
Y otra, dulce, agrega su piedad amable;
«No, porque se comen a Caperucita...»

Los niños me dan olvido y encanto
Y yo, en cambio, a ellos, mala fantasía
Que hace de mis cuentos cátedra de llanto
Con su inculcar lento de melancolía.

MI HIJA JUEGA EN EL JARDIN

MI hija juega en el jardín
y yo la miro, quieta y triste,
triste de tanta dicha, triste
porque la dicha tiene fin.

Viene corriendo y se va luego,
y me da un beso o una flor;
su voz musita a vez su ruego,
a vez un mimo encantador.

Es la más linda de las flores,
en ella están dicha o dolor...
¿Qué han sido todos mis amores
comparados con este amor?

No pienso en destinos amargos,
ni en que las cosas tienen fin,
pero quisiera largos, largos
estos momentos del jardín.

BERCEUSE

DUERME. Tus juguetes se durmieron ya,
Si la niña duerme, dormirá mamá,
Y ¡pobre mamá! ¡Bien lo necesita!
¡Se doblan los brazos de la mamáita!
Y aunque eres en mi halda un montón de luna,
Te mezo, te mezo tierna y fatigada.
Duerme, mientras llenas de luna mi almohada
Y vuelves contigo de plata la cuna.
Duerme, que después ¿dormirás tan quieta
Como duermes entre mis brazos sujeta?
¿Dormirás tau dulce, tan hondo, dormida
Como ahora duermes al seno prendida?
¡Duerme mientras puedas! Más tarde, bien mío,
Te pondrá el amor vivo calofrío,
Te desvelará con sus inquietudes
Y terrible guerra dará a tus virtudes.
El deseo en llamas quemará tu lengua
Y la desazón te infligirá mengua,
Y del desengaño la desilusión
Hará nido muelle en tu corazón.
¡Duerme mientras puedas! Arroró, mi vida.
¡Qué dicha mirarte dormida, dormida!
Más tarde, después, arruga primera
Darás desazón a la mi hechicera.

La primera cana te dará tortura
Y te oprimirá como sogá dura
Y el sueño, arroró, no vendrá jamás...
Duerme, que después ya no dormirás.
Duerme, que más tarde tus bracitos breves
Serán cuna de otros fardos, así leves,
Y cuando tus ojos se cierren cansados
Has de abrirlos luego, grandes y asustados,
Porque tu bebé te despertará
Como tú despiertas ahora a mamá.
Duerme, que también yo quiero dormir,
¡Mis brazos son frágiles para resistir!
Y te dejaré caer ¡pobrecita!
En aquel rincón con la muñequita,
Entre tus juguetes, gatos y corderos
¡Gloria la de tus amores primeros!
¡Y desde un rincón el toro vendrá
Y en castigo fuerte, fuerte mugirá!
Comerá muñeca, comerá niñita.
Llorará solita ¡podre mamaita!...

Se durmió... La acuesto. Su cuerpo en la cuna
Fulge leve, como si fuera de luna.

ME PESABA SU NOMBRE

ME pesaba su nombre como un grillo de hierro,
me pesaba su nombre como férrea cadena
me pesaba su nombre como un fardo en los hombros,
como atada a mis hombros me pesara una piedra.

Ya no está junto al mío la injuria de su nombre
y... me pesa.

Me pesaba su amor ambicioso y mezquino,
me pesaba su amor de deseo y de queja,
me pesaba su amor que más que amor fué odio,
su dignidad abrupta que más era soberbia.

Ya no tengo su amor, su dignidad, su odio,
y... me pesa.

Me pesaban sus celos pendientes de mis gestos,
me pesaban sus celos candentes de tragedia,
me pesaban sus celos adustos, implacables
envolviendo mi cuerpo con oscura sospecha...

Ya no tengo sus celos, su sospecha, su injuria,
y... me pesa...

MI PENSAR

MI pensar inocente se había
aquietado como agua de un lago,
y una sola palabra debía
en las aguas hacer el estrago...

Mi virtud se quedó estremecida,
mis silencios quedaron llorando...
Como copa de un árbol mecida
por el viento quedéme temblando...

La palabra del nombre de un hombre
me estrechó como fiera en sus brazos.
Desatado huracán el tu nombre
como ha roto mi olvido en pedazos...

EL HIJO PRÓDIGO

TE amo más, mi hijo Pródigo, que al otro, mi hijo Fiel.
Porque me abandonaste, te amo más que a él.
Porque me abandonaste sin dolor, y te fuiste
sin volver la cabeza al sitio en que naciste,
porque en tu despedida no hubo gesto cobarde
ni humedeció una lágrima tus ojos esa tarde.

Dejaste el lecho blando que recogió amoroso
tus gentiles fatigas de adolescente hermoso
por la piedra y la paja dura de los caminos.
¡Pajaro, en libertad quisiste ensayar trinos!

Soy rico sin embargo. Tú también, hijo mío.
Desde niño fué tuyo el cordero mejor
¡y cuántas veces vimos los dos el calofrío
de la envidia en los ojos de tu hermano mayor.

Presentía que habías de marchar sin recelo
desdeñando en la mía la bendición del cielo.
Te fuiste. Yo lloré. Nunca lloré, tú sabes:
no se alteró al morir tu madre mi rostro grave,
pero lloré por ti. Nunca te he amado tanto
como así, desafiando mi cólera y mi llanto.
¡Y hoy vue ves! Dame tu sandalia. Yo quiero
sacudir en mi mano ese polvo ligero
que me enseña caminos que tu planta pisó.
En Invierno y Verano nieve y sol te esquivó.
Ella trepó contigo por abruptos senderos
y adherida a tu pie flexible y vagabundo,
derrotando el cansancio de tu paso ligero
te acompañó por todos los caminos del mundo!
¡No encuentro una palabra de reproche, y te miro
te miro a las pupilas que se han vuelto más grises
de mirar tantos cielos de otros tantos países!
¡Porque no fuí contigo, hijo mío, suspiro

¡Que no me odien los siervos que miraron mi llanto!
Hijo mío el mayor, tú que me fuiste fiel,
perdona si no puedo amarte como a él
y perdónalo a él porque yo lo amo tanto!

Sacrificad corderos, sacrificad palomas
y alabemos a Dios porque ya lo he encontrado.

A la mujer más bella por mujer suya toma
porque ya nunca más huirá de mi lado.

Se matan cien corderos. Se rezan tiernas preces,
pero el viejo que llora a su hijo abrazado,
sabe que al otro día quizás se habrá marchado
sin mirar hacia atrás, como las otras veces.

PENSAMIENTOS DE OTOÑO

I

INQUIETUD del Otoño,
soledad de los parques,
tristeza de las cosas,
languidez de los árboles.

Cielos de esmalte grises...
Otoño, oro y blancura,
¡tu sol es blanco y frío
como la luna!...

Nacen en ti los vientos
hijos que son del Ogro
y roban a los parques
sus tapices de oro.

Otoño pensativo,
Otoño de la tierra.
Para mí has sido, Otoño,
la Primavera!

II

De jugar cansadita
a la madre te acercas
juntando a mis mejillas
tus mejillas de seda.

Mi inquieto amor te atrae,
mi inquieto amor te besa...
¿Eres mi primer hijo
o mi última muñeca?

¿No tienes frío, dime?
El Otoño comienza...
¡Qué te importa el Otoño
si soy tu Primavera!

Para ti han sol mis ojos,
mi pecho savia fresca,

mis brazos cuna tibia,
mi amor ternura inmensa...

¿Qué te importa que el viento
silbe iracundo afuera?
¡Otoño es de los niños
que tienen madre muerta!

NO ENTENDIÓ

NO entendió mi cariño,
que era un amor de madre
y era un amor de niño.

No entendió mi ambición
que si le hurtaba el cuerpo
le daba el corazón.

No entendió mi locura
que le abrasó las manos
sedienta de ternura.

No entendió mi martirio:
buscar, buscar un alma
con singular delirio.

No comprendió mi amor:
diamante bien pulido
con llamas de dolor.

No me comprendió nunca!
y así fué como entonces
quedó mi vida trunca...

Cuando busqué sus labios
me mordieron sus dientes
infiriéndome agravios.

Cuando busqué sus ojos,
Me hirieron sus miradas
como dos dardos rojos.

Cuando busqué su pecho,
me asaltó su deseo
como huracán deshecho...

No me entendió... Partimós
por sendas diferentes
y... ¡ni adiós nos dijimos!...

MARINEROS

C UANDO los veo venir
blancos, erguidos, ligeros
quisiera ser un momento
la novia de un marinero.

Dulce de verlo ha de ser
después de tan largo tiempo
y al abrazarle, abrazar
continentes y hemisferios.

Agridulces deben ser
los besos del marinero:
salpicadura de mar
en los labios entreabiertos.

Fruto de todos los climas
el amor del marinero,
soleado del mejor sol
y oreado al mejor invierno.

Estrechar entre sus brazos
al que dirige los vientos
y cuando quiere, los unce
al carro de su velero.

El sol aclaró su tez
y destiñó sus cabellos.
¡oh, la delicia de amar
al más rubio marinero!

¡Oh el sabor a continentes
que ha de haber entre sus besos
y el olor a algas marinas
que ha de poseer su cuerpo!

Amantes de las sirenas
Deben ser los marineros
por eso llevan los ojos
reteñidos de misterio.

Un momento, nada más,
tocar sus rubios cabellos,
besar su boca agri dulce,
ser novia de un marinero!

MOTIVOS DE VIAJE

YO cogí para olvidarte
el barco que iba más lejos.
El de las jarcias más recias
y el del velamen más suelto.
El que con más suave andar
era el mejor marinero.

Yo cogí para olvidarte
el barco que iba más lejos.

Oh, suavísimo viajar
hacia el ignorado puerto
por carreteras de mar
y neumáticos de viento
mientras voy echando al agua
trocitos de tu recuerdo.
¡Por eso es que cogí el barco
que se marchaba más lejos!

Pasajera silenciosa
recojo mis pensamientos,
los lavo en agua de mar
y como nuevos los dejo.
Para lavarlos mejor
cogí el barco que iba lejos.

Y una mañana me ofrecen
en una bandeja el puerto:
azucarillo de casas
y chocolate de negros
que llevan entre sus manos
los más rubios marineros;
que por eso cogí el barco
que se marchaba más lejos.

Hombres pálidos, me deis
amistad y amores nuevos.
Palmeras me echeis al rostro
vuestro halito de desierto
que para hallaros, cogí
el barco que iba más lejos.

Luna, acércame a tus labios
tu blanco disco de hielo
y disuelto en agua fría
vaya a refrescar mi pecho,
que por eso cogí el barco
que se marchaba más lejos.

¡Ya siento sobre mis sienes
el milagro de tus dedos,
no importa que nuevo amor
me dé nuevos sufrimientos...
¡oh silencioso viaje,
jarcias y velámen sueltos!
Por eso he cogido el barco
que se marchaba más lejos!

«L'INVITATION A LA MORTE»

YA estamos más cerca, avancemos.
No huyamos su contacto frío
ni por rehuirle clamemos:
son suyos tu cuerpo y el mío.

Tu mano deshecha en la mía
apoye su fría entereza:
busquemos la obscura belleza
que ofrece la selva sombría.

¡No aferremos con mano inquieta
sobre nuestros hombros desnudos
la capa de vida sujeta
por los más vacilantes nudos!

Aderecemos la sonrisa.
No haya crispaduras el miedo...
Por no interrumpir, vamos quedo.
¡Vamos sobre todo de prisa!

Un paso más, y ya seremos
o no seremos ¡mejor! nada.
La vida otra vez abarquemos
y dame la última mirada.

Quizás los caminos inciertos,
la eterna noche, el gran mutismo,
la selva oscura y el abismo,
la quietud del eterno puerto

son dulces. ¡Vamos! ¡Fiesta breve!
¿No era una fiesta al fin la vida?...
¡Y era hermoso el blanco en la nieve
de aquella montaña dormida!

INTERIOR

SUMAN penas mis nostalgias.
Hace frío, llueve, hay viento.
La vida plena en mi alma
y el corazón descontento.

Lograda, en puño nervioso
la felicidad sostengo.
Mis hijos ríen en coro...
y el corazón descontento.

De toda la dicha grande,
nada se fué entre mis dedos,
pero se escapó una brizna
y el corazón descontento.

Por una brizna tan sólo
por una brizna padezco
y con juventud y amores
y el corazón descontento.

Chisporrotea la llama
la llama que es mi elemento.
Nunca ha quemado mi piel...
y el corazón descontento.

Los dedos que mis mayores
hilo en la rueca tejieron,
maltratan mi corazón,
mi corazón descontento!

Los dedos ociosos, y
como fragua el pensamiento.
¡Oh rueca de mis mayores!
oh, corazón descontento!

Tejeré largos tus hilos
con mis afilados dedos
y ataré mi corazón,
mi corazón descontento...

LUISA LUISI

Crítico y poeta, Luisa Luisi es uno de los cerebros femeninos que más honra al Uruguay. Ha publicado varios libros, en los que deja ver su sólida cultura y sus talentos de poeta.

Estática, fría, contemplativa, escribe versos donde palpita, sin embargo, una fuerte y disimulada emoción. También puede señalársela entre las raras escritoras para quienes lo erótico no constituye capítulo sensacional.

Obras: "Sentir".—"Inquietud".—"Ideas sobre educación". — "A través de libros y autores".—"Poemas de la inmovilidad y canciones al Sol".

FUÉ UN VIENTO DE TRAGEDIA

FUÉ un viento de tragedia, una furiosa
racha de tempestad...

Yo estaba sola y quieta, la dolida frente
contra el helado y duro respaldar.

Yo estaba sola y quieta; mudas las manos largas
sobre el regazo inútil
en un tranquilo y dulce divagar...

Fué un viento de tragedia, una furiosa
racha de tempestad...

Me curvó, me dobló sobre la tierra,
me levantó de cuajo,

y me arrojó de nuevo contra el polvo.

Y así estoy: con el rostro sobre el suelo,
suelta mi larga cabellera,
y desgarrado el seno...

Fué un viento de tragedia, una furiosa
racha de tempestad...

SED

LA sed me devoraba... Una sed tan ardiente
que por todos los poros absorbiera humedad...
Mi cuerpo era un desierto de arena tan candente
que a empapar no bastara toda el agua del mar.

Y puse mi garganta como cauce de un río;
y por ella pasó, cantando, la corriente;
toda fresca en su verde y alegre murmurio,
el agua acariciaba mi sequedad doliente...

Y bebí, bebí toda la linfa cristalina;
y goteaba diamantes de la cabeza al pie.
Ay, no bastó a mis ansias la fuente cantarina,
Yo misma he de ser agua, para apagar mi sed...

LA PENA DE LOS NIÑOS

EN gruesos lagrimones
cálidos, cristalinos,
rueda por sus mejillas
la pena de los niños.

Sus grandes ojos tristes
nos miran ateridos,
y hay un alma tras ellos
que nos implora auxilio.

Es un dolor inmenso,
desolado, infinito,
el dolor de las almas
cándidas de los niños.

Un dolor de abandono
que no exhala gemidos,
callado, silencioso,
profundamente vivo,

el que nace de un drama
tan pueril y tan íntimo
en las almas sensibles
y puras de los niños.

Nosotros los miramos,
y al mirar sonreímos,
y curamos su pena
con besos de cariño.

No piden otra cosa
sus almitas de armiño,

y se van consolados
de saberse queridos
.....

Nuestros dramas secretos,
nuestros dolores íntimos,
que estallan en sollozos
o acaban en suicidio

se curan con juguetes
de gloria o de cariño.
Nuestras penas, acaso,
¿no son penas de niños?

BRASA OSCURA

YO llevaré más alto que mi propio destino
la llama que en mis manos palideció de amor.
Como un secreto cirio que alimentan cien vidas
mi vida se consume en extraño fulgor...

No le prestan sus rojos, pasionales destellos,
los amores carnales que no supo inspirar
porque su planta acaso, demasiado ligera
como ala siempre en vuelo no se pudo posar...

Ni le dieron sus blancos, espirituales goces
los éxtasis de amante a los pies de Jesús;
es una brasa oscura que en el fondo encendida
me va quemando entera, sin florecer en luz.
La llevaré más alto que mi propio destino
sobre la llaga viva de mi pecho en amor;
y bajo la ceniza de mi carne vencida,
cuando se haya quemado hasta su última fibra,
más allá de la muerte, más allá de la vida,
irradiará su oscuro y viviente calor...

LOS DIAS

LOS días eran jóvenes...
Desnudos e incontables venían hacia mí.
Yo los miraba erguida y orgullosa: eran míos,
y venían... venían... sin que se viera el fin.

Dominando el desfile
contemplaba sus rostros, sus torsos, su perfil;
sus ágiles miembros juveniles,
la fuerza y la alegría que irradiaban de sí...

Eran todos tan bellos
que no supe encantada, cuál debía elegir.
Y pasaban... pasaban... innúmeros y ardientes,
pasaban, en teoría luminosa ante mí.

De pie, ya no orgullosa, los miro lentamente
desfilan sin la gracia del paso juvenil:
los rostros apagados, los torsos abatidos,
con el cansancio impreso sobre la faz viril.

Ya no son incontables: van llegando uno a uno
con paso torpe, y presiento su fin;
a lo lejos clarean cada vez más las filas:
ahora sé cual de todos es destinado a mí.

A LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

OH, Victoria, Victoria, mármol divino,
como yo condenada a la inmovilidad;
con toda el alma puesta en las alas abiertas,
mutilada en el ímpetu supremo de volar...

Ansia de movimiento... Anheló de elevarse,
de correr, de subir, en vuelo magistral;
deseo doloroso a fuerza de imposible
de andar... de andar... de andar...

Oh, Victoria, Victoria de Samotracia,
imagen de mi vida, toda inmovilidad,
en el mármol divino, hecho cárcel del vuelo,
ansia desesperada, enorme, de volar...

MARGARITA ABELLA CAPRILE

Muy joven, Margarita Abella Caprile es ya mucho más que una esperanza, entre las poetisas argentinas. Femenina, sensible, lírica, intuitiva, Margarita no ha perdido escribiendo ni uno solo de los rasgos de la mujer y linda joven que hiciera versos porque sí. Su feminidad y su frescura tienen algo de la Ibarbourou y de la Condesa Mathieu en sus primeros tiempos. Aguda y juvenil, Margarita Abella Caprile es una especie de soprano ligera de la lírica americana.

Obras: "Nieve".—"Perfiles en la niebla".

CROQUIS

I

VIAJE

HUIR del gris encierro,
sofocante y malsano,
de la ciudad;
huir del fuego oscuro
de sus noches sin aire,
amenazantes como la sombra de un volcán.

Huir ávidamente
sobre los rieles ágiles
del rápido viajar;
y, cerrando los ojos,
arrullarse pensando
que, al final de la vía, mañana encontrarán.

Frescura de agua y cielo,
transparencias azules
y un sol benigno, mago de la gran claridad.

II

LLEGAR

...Y llegar, impregnados
de pampas silenciosas;
y al instante, con ansia presurosa, buscar
la senda llena de árboles
y echarse a andar.

Y porque el paso incierto
se hace elástico y firme,
y respirar se vuelve honda felicidad;
y porque en el oído
suena un rumor distante,
y satura los labios un suave gusto a sal
¡saber gloriosamente
que al doblar el camino
ha de golpear los ojos el asombro del mar!

III

EL SALUDO

...Y las olas que vienen
una después de otra
a saludar,
trayendo desde el fondo del horizonte
el mensaje que envía
la inmensidad...

IV

NADAR

Y luego el bautismo
de agua y de sal
nadar es un grito
de libertad;
nadar es un ritmo y el alma se asocia,
nadar es un ritmo
total;
nadar es un verso prosódico y gracil
que lleva a lo hondo;
nadar
es sentirse leve como una piragua,
casi se podría
volar.

TRISTEZA

¡O H tristeza que agrandas y ennobleces,
yo canto tu canción;
la alegría ruidosa, muchas veces
No llena el corazón!...

Tristeza, con tu suave desconsuelo
de agridulce sabor,
Eres el sol opaco de mi cielo,
su inefable calor.

Tristeza que transformas lo terreno
con tu fino aguijón,
¡Yo alabo tu poder mágico y bueno,
yo canto tu canción!...

Y hoy estoy triste, triste, con aquella
pesadumbre interior,
¡Que es el ansia de hallarnos en la estrella
más cercana al Señor!...

Y hoy que sufro, mejor los sufrimientos
mi mano aliviara;
Como mejor comprende a los sedientos
el que sediento está...

Y hoy tengo el alma gris, hoy estoy triste,
 pero pienso, en verdad,
Que cuando va a nevar, también se viste
 de gris la inmensidad.

Y mi tristeza tórnase más leve
 pensando que quizás,
¡No es más que el gris presagio de una nieve
 que más tarde caerá!...

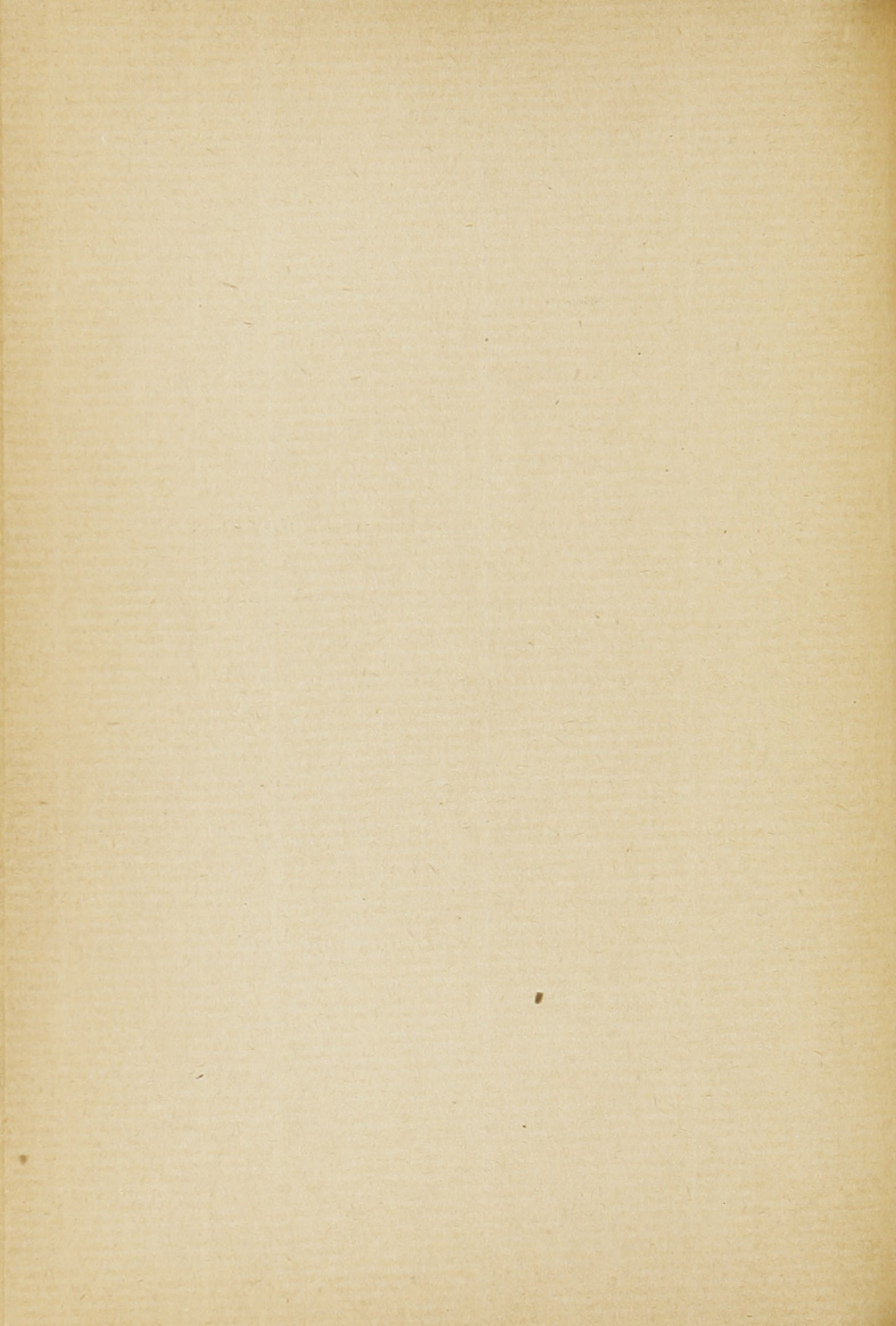
MARIA ENRIQUETA

Muy siglo diecinueve, María Enriqueta es una poetisa que pasó.

No tan grande para seducirnos a pesar de su viejo estilo, su cantarina música nos deja fríos, y a lo sumo nos hace soñar con la reminiscencia de las canciones oídas en nuestra niñez, según sea nuestro estado de ánimo, como el organillo que oímos en la callejuela perdida.

El cuento de la abuelita ya nos conmueve, pero le escuchamos respetuosos, en razón de sus cabellos blancos, y de la dulzura que impartió a nuestras imaginaciones infantiles, hace ya luengos años.

Obras: "Rumores de mi huerto".



A LAS DIEZ

AL dar el reloj las diez
ha llegado, al fin, mi amado...

¡Hoy por la primera vez,
en mi oído han sonado
las diez!

Hoy por la primera vez,
el reloj ha señalado
las diez!...

Con un lápiz encarnado
suavemente he subrayado
en el gran reloj, las diez.

¡Oh, dulce significado
de ese número anotado!

Ved su leyenda: «A las diez,
a las diez volvió el amado...»

TOMA ESTA ROSA

— “TOMA esta rosa—me dijo—;
simboliza mi afecto”.
Y al dármela, de la mano
arrancósela el viento...

¡Sabio, adivino en amores,
oh, vientecillo discreto!
una verdad me dijiste...
El amor de mi dueño,
fué sólo nube que pasa,
rosa que arrastra el viento...

LETANÍA

POR un momento cruzamos
junta las rutas silentes:

tú con «toilette» a la moda;
yo, con mis trajes de siempre.

Tú con el andar ritmado:
yo, con el paso indolente.

Tú cargando tu muñeca
o tu «Pierrot»; yo, claveles.

Tú con el pelo cortado;
yo, peinada simplemente.

Tú con frases ampulosas;
yo, con frases sin relieve...

Mas... la ruta va empinándose...
Ya mis pasos se devuelven...

Sigue tú cantando al «jazz».
Voy yo a cantar a la fuente.

Si haces tú los versos largos,
he de hacerlos yo muy breves.

¡Sigue tú tras de las modas!
¡Yo no porque soy rebelde!

EL AFILADOR

YA viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay, decidle por favor
cuánto su dulce estribillo
viene a aumentar mi dolor!

En esta triste calleja
obscura, sola y torcida,
con sus aleros de teja
¿Quién puede ganar la vida?

¡Que cierren pronto la reja
no vaya por ella a entrar
buscando a la Rosalía
para ver y preguntar,
como lo hizo el otro día,
si hay tijeras que afilar!

No quiero en el corredor
de mi triste patiecillo
volver a oír el rumor
de un alegre caramillo;
¡ved que no entre, por favor!

Este artista callejero
que usa flotantes corbatas,
un exótico sombrero,
blusa de dril y alpargatas,
es un pálido extranjero
que mientras toca y camina
su afilador arrastrando,
nunca, al pasar, adivina
que ese son que va tocando
es un son que me asesina...

En otras calles hermosas
más suerte pudiera hallar...
En el mercado de rosas
las tijeras de podar
preciso es que estén filosas...

Y allá en las callejas bajas
en tiendas y prenderías
llenas de curros y majas
que riñen todos los días,
siempre hay que afilar navajas...

Mas aquí, en esta escondida
callejuela silenciosa,
donde la yerba crecida
se mece triste y polvosa...
¿Quién puede ganar la vida?

¡Ya es demasiado su empeño
en pasar junto a mi reja!
hasta en medio de mi sueño
oigo la burlona queja
de su airecillo risueño...

Ya viene el afilador
tocando su caramillo .
Ay! decidle por favor
que afle pronto un cuchillo
con que matar mi dolor!

SAD SONG

¡O H, que triste callejón
el callejón del «Santero»!
sólo da en él su canción
el ave de mal agüero...
Ay! su empedrado, su alero,
sus casucas... todo entero
abate mi corazón...
...No pases por él, viajero!
el callejón del «Santero»
es un triste callejón:
allí vive el carpintero
que hizo, a mi amado, el cajón...

ROSA GARCIA COSTA

Rosa García Costa es una poetisa romántica. No la conmueve la revolución, ni se preocupa de quebrar el limpio cristal de sus rimas para no vulgarizarse. Dulce de oír como un viejo valse de Viena, tiene el sabor pegadizo de las cosas dulces y sencillas que se enredan en las gargantas de generación en generación. ¿No constituye esto una originalidad regresiva como la música de Verdi?

Obras: "La simple canción". — "La ronda de las horas".

UNA BRASA ENCENDIDA

TENGO en el corazón una brasa encendida.
Es un foco perenne del calor más intenso.
Eros, aquí la puso tu mano bendecida.
Mi corazón se quema, como un grano de incienso.

«¡He de volver al polvo primitivo!»— Yo pienso—
Eros, si consiguieras, con tu poder inmenso,
que un día, al extinguirse la llama de mi vida,
aun ardiera la brasa por tu mano encendida
en la entraña cordial de mi carne aterida!

LA FUENTE DE ALEGRÍA

TÚ me dirás, después, quizá, algún día,
ante esta singular sonrisa mía:
«¿Estás contenta... Te creía triste...»
Y mi voz te dirá, serena y pía:

«La dulce pena eterna que me diste,
esa ha sido mi fuente de alegría».

PROFESION

CONSAGRACION de amor, ofrenda plena:
dulzura de ser tuya y de ser buena;
¡santa fe de quererte hasta en la muerte!
Seguridad de que eres en mi suerte
el principio y el fin, la luz, el Todo:

(¡Ya nunca podré verte de otro modo!)
Amor de amarte con total ceguera:
cierro los ojos y ya vivo en Ti.
¡Hondo anhelo sin fin de quien espera
la Eternidad, para adorarte allí!

MARIA VILLAR BUCETA

Poetisa escéptica, María Villar Buceta no ha escrito versos de amor. Ello constituye una indudable originalidad, ya que la poesía en general y la femenina en particular, suele ser muy especialmente erótica. Amarga, desoladamente anarquista, canta el dolor sin consuelo, que evita cuidadosamente la humillación de la piedad.

Fina, a pesar de su genio hostil, maneja el verso con gracia y soltura, a pesar de su áspero talento. Su obra es escasa, pero distinguida.

Obras: "Unanimismo".

PRIMERA VEZ...

P PRIMERA vez que he traicionado
a quienes son todo mi amor!
Primera vez que me he olvidado
de ellos, de mí, de mi dolor...

Gracias por esta hora de calma
que me das por primera vez!
Gracias, Señor! Siento en el alma
como un retorno a la niñez.

Qué lejos, qué lejos de aquí
mi vida cruel de la ciudad!
Nunca como ahora sentí
un éxtasis de soledad!

Cierro los ojos... Una viva
luz me ilumina el pensamiento...
Hay en mi actitud pensativa
no sé que don de encantamiento!

Haya silencio... Nada turbe
esta paz, propicia al olvido,
ni evoque el vértigo de la urbe
con el impudor de un ruido.

La suave paz de esta campiña,
cómo me llena de dulzura!
El alma se me vuelve niña,
diafana, primitiva, pura...

Gracias, Señor, porque me has dado
este minuto de embriaguez!
Primera vez que yo he gozado,
primera vez... primera vez!

HERMETISMO

EN esa casa todos vamos a morir de silencio!
—Yo señalo el fenómeno, pero me diferencio
apenas del conjunto... Tengo que ser lo mismo!
Dijérase que estamos enfermos de idiotismo
o que constituímos una familia muda:
de tal suerte en sí propio cada uno se escuda...
Como de nuestros oros nos sentimos avaros,
de nosotros las gentes piensan:—Son entes raros,
o egoístas, o sabe Dios qué... Tal vez dirán
que sólo nos preocupa la conquista del pan...

Y yo en medio de todos, Señor, con mi lirismo!
Cuán se agobia mi espíritu de vivir en sí mismo
y ver siempre estos rostros pensativos y huraños!
Y así pasan los días, los meses y los años!

¿.....?

SU vida estaba «en gris mayor»: tenía
una uniformidad desesperante!
Un vago tinte de melancolía
y de tedio velaba su semblante.

Por vanidad o por filosofía
era enigmática y desconcertante;
y aunque, indudablemente, la ironía
fué su modalidad predominante,
para definir su psicología
nadie la ha conocido lo bastante...

Algunos la recuerdan todavía:
mucho se hizo admirar; pero, no obstante,
por triste y áspera se mantenía
del cariño y del odio equidistante.

SOLEDAD

ALMA mía que, siendo ultra-sensible
semejas una cumbre desolada,
en tu inmovilidad como hechizada
por lo que se te muestra inaccesible;
enferma de nostalgia y de imposible;
más soñadora cuanto más aislada...
no busques sino en tí la codiciada
paz que imponga una tregua a tu invencible
anhelo de soñar... Busca el descanso;
da al estéril afán del pensamiento
la quietud inefable del remanso;
haz que la paz en tí su imperio ejerza;
y ama tu soledad: el aislamiento
es un tácito símbolo de fuerza!

ESCLAVITUD

LOS desheredados del Cielo:
renunciad a todo consuelo!
Los aislados, los afligidos:
rehuíd ser favorecidos!
Si estáis sedientos, padeced
con estoicismo vuestra sed!

No empañéis vuestra libertad
a cambio de una caridad!
Los pobres de toda indigencia,
oíd la voz de la experiencia:
nada os dará tan malos ratos
como el temor de ser ingratos!
¿Sabéis de alguna esclavitud
como la de la gratitud?

RIQUEZA

SI compadecéis mi pobreza,
sabad que estáis equivocados!
En cuanto amanece, pregunto
a mi corazón, por lo bajo:
—Vamos a ver, querido mío:
¿qué quieres hoy que suprimamos?
Se agota el oro del Ensueño
y es fuerza ahorrar nuestro salario...
Y mi corazón, que fué siempre
a todo sacrificio apto:
—Saber carecer es ser rico,
y en toda vida siempre hay algo
superfluo...

Y, comprensivamente,
sonreímos, y nos miramos...

SINCERIDAD

QUIZÁS pensaréis que soy rara:
—raro es todo aquel que es sincero—
más... ¿qué queréis? Amo al ególatra
que os cuenta a gritos sus defectos,
con impudor mucho más noble
que la moral de los modestos
que, a fuer de no hablar de sí mismos,
muerden los frutos del ajeno
cercado...

Diréis que soy rara...
No importa: he dicho lo que siento;
y si asordáis vuestros oídos,
y si me desdenáis por eso,
desde la cumbre donde os hablo
me oirán la tierra, el sol, el viento...

LO VULGAR

LO habréis observado: en mis cantos
faltan los acentos del mar,
cuya sinfonía monstruosa,
—por asociación singular—
trae a mi memoria unos versos

leídos largo tiempo atrás,
que comenzaban de este modo:
—«Rosa: ¿no has visto nunca el mar?»
Y es que también a mí me hacía
soñar el mar,
cuando vivía tierra adentro:
—sueños de artista en germinal...
Ahora lo veo diariamente
sin emoción... Ya veis: el Mar!

BIBLIOFOBIA

MALAVENTURADO el que beba
del agua negra de los libros
porque aprenderá a odiar la vida
y a desconocerse a sí mismo!

El Hombre, la Naturaleza,
la Vida... he ahí cosas de intrínseco
valor, invariables y simples,
deformadas por los sentidos
anormales de los artistas:
—exégetas de lo infinito—
filósofos, historiadores...
—mixtificadores de oficio,
apóstoles de la Mentira,
tortura de los eruditos!

DICIEMBRE

DICIEMBRE: eres igual a cualquier otro mes del año: un poco cursi, anodino, burgués... Pero, indudablemente, roba vulgaridad a tu trascurso el mito de la Natividad.

Los niños y los viejos, los pobres y los ricos,
te ofrendan libaciones, rezos y villancicos;
y como la oblación tu vanidad adula,
brindas absoluciones al pecado de gula.

Mas quien cristianamente evoca y solemniza
tu significación, te caricaturiza!
¡Oh, las parodias del nacimiento del Buen
Niño, sobre las pajas humildes de Belén!

—Alguien ha visto como, al fondo del establo
improvisado, hace muecas de burlas el diablo.

EUCARISTIA

VANO cientificista que ver a Dios pretendes
con el maravilloso cristal de un telescopio:
¡te compadezco! En tu soberbia no comprendes
que es absurdo tu empeño y es inútil tu acopio

de datos, cifras, cálculos... falsa lucubración
cuyo fracaso humilla tu mente estupefacta...
Para obrar el milagro de la revelación
no basta, ¡oh pobre sabio!, tu pura ciencia exacta.
Depón, pues, el orgullo que lo irreal complica
con lo real, y en cuya impotencia se aduna
un inmortal pecado con un mortal castigo,
y aprende como un cura tu ecuación simplifica:
salmódica lamentables latines, reza, ayuna...
y halla a Dios en un mísero puñadito de trigo.

MAGDA PORTAL

Del mismo tipo que Blanca Luz Brum, estas dos poetisas ofrecen pocas diferencias. Abanderadas al ultraismo desde su nacimiento, se han hecho notables allí por sus versos buenos o malos. Respetuosos del juego unánime a que se ha entregado la gente de letras, temeríamos caer en error al juzgarlas sin comprenderlas. Preferimos, luego de atacarlas y darles aquí sitio, entregarlas al juicio de sus semejantes.

Obras: "Poemas torturados".

CARTÓN MORADO

CASUALIDAD

MADRE de los desamparados
Es ya rojo todo el camino recorrido
Con tres jirones de alma menos

y esperando

Como si todavía hubiera providencia—

Y, aún no se me enturbia mi esmeralda ilimitada?

Me están llamando las lágrimas desde enantes
se rebelan contra mi sequedad—

Y lloro

Mañana habrá reventado un botón nuevo
con el calor de esta noche—

Estoy sola

—Cómo te amo soledad—

grande vacío de la noche

cómo te he amado siempre

Generadora de mis mejores pensamientos

pañó de lágrimas

confidente y refugio.—

LAS MIRADAS AUSENTES

MÍRAME

MI neurastenia de miradas!
como de mar
como de largos viajes

Ve la tortura mendiga de mis ojos—
cazando al vuelo la mariposa viajera
de tu mirada—

N a d a m á s

Las miradas me obseden—
Querría todas las pupilas—
las verdes, las doradas, las negras—
para tapizar las paredes de mi vida—

Y les tengo miedo
Por eso me odian—Lorraine—los ojos—
Mis ojos dorados de serpiente
en el estuche abierto de mis verdes
ojeras—
Mis ojos que atraerían todas las miradas—
como llamas de colores alrededor
de mi Vida—
Líbrame de este mal—

Ah ternura acariciante de tu mirada—
Tus rayos X que te muestran
mi corazón desnudo—

MÍRAME

estoy en el umbral de tus ojos.

AUSENCIA

EMBRIAGUEZ de dolor y de amor
tan cercana a la muerte—
hoy agonizan mis llamadas
frente al espectro de tu sonrisa
que ya es apenas
un instante muerto
ante tu realidad presente
desconocida para mí—

Yo ignoro todo
hasta los aletazos de la tragedia
trazando sus círculos sobre mi cabeza—

Sólo sé en esta hora
de proyecciones infinitas
que AMO y estoy
SOLA
y que ha muerto la Tierra—

SUSANA CALANDRELLI

Poetisa joven, apenas si ha cumplido veinticuatro años, ha escrito versos en francés y en español, con la misma gracia fina y romántica. A pesar de su juventud, ha permanecido indiferente a la insistente llamada de los nuevos, y se mantiene con tranquilo reposo entre los clásicos, como morigerada doncella al lado de sus padres. Mucha influencia francesa en sus versos, naturalmente, especialmente de Verlaine.

Obras: "Carillon dans l'ombre".—"Al trasluz de las horas".

LA FLAUTA DE SILVANO

NOSOTROS, los que acaso tenéis el don divino
de amar el sol, la hierba, la nube y el camino;

vosotros que supisteis los trágicos amores
de gnomos y estrellas, de sátiros y flores;
vosotros, que una tarde sentisteis la locura
de errar por esas sendas que van a la ventura,
y luego, a media noche, quizás enamorados,
volvisteis entre nimbos de luna por los prados;
vosotros que algún día domasteis el deseo
de oír cantar el mirlo de plácido gorjeo;
vosotros, los que huisteis del carnaval humano,
sin duda habéis oído la Flauta de Silvano...

Muy rara vez se escuchan sus tímidos lamentos:
tan sólo cuando callan las trompas de los vientos,
o a veces, en la tarde, después que el sol se esconde,
cuando los grillos cantan allá, quién sabe dónde...
cuando la luz flotante que vaga por los cielos
se borra ante la sombra que sube de los suelos;

cuando los niños graves se duermen en la cuna,
mirando con los ojos serenos a la luna,
y el trágico y pesado silencio que desciende
detrás de cada ruido se yergue como un duende...
Si entonces no habéis nunca prestado oído atento
a todos los rumores del mundo soñoliento;
si luego, ya más tarde, por una senda trunca,
mirando el cielo negro, no habéis temblado nunca;
si a veces casi al alba, cruzando algún camino,
no habéis sentido el roce de algún rumor divino,
entonces preguntároslo será quizás en vano:
¡jamás habéis oído la Flauta de Silvano!

EL LOBO

PUPILA de los bosques, oído siempre alerta,
destino inexorable del corderito lobo,
el lobo es un bandido sin ley: vive del robo,
y no valen rescates para su presa muerta.

Ocurre sin embargo que en la penumbra incierta,
acaso distraído de su sangriento arrobo,
cuajada de visiones su oscura alma de lobo,
tolera, indiferente, que el gamo se divierta.

Dijérase que entonces se queda pensativo.
Le acosa la nostalgia de un pretérito esquivo,
ajeno a los recuerdos, como sueño olvidado,

y aúlla, cual si viera sobre una blanca duna
la sombra misteriosa de algún antepasado
lamiendo sus cachorros al claro de la luna...

DOLOR

TU que sólo contigo, Señor, fuiste severo,
proscripto de la dicha por piadoso y por fuerte,
Señor, Tú que has querido llenar el orbe entero
con el dolor sin limites de tu Divina Muerte,
y en ese afán de lágrimas de tu alma esclarecida
llorabas con el llanto de todo cuanto existe,
tenías un consuelo, sin embargo, en la vida:
¡tu madre iba contigo por el camino triste!

Recuerda... Cuando a veces, doliente y fatigado,
caías de rodillas sobre tu sombra mustia,
tu Madre se inclinaba dulcemente a tu lado
besándote en la frente con amorosa angustia...
Y en esa sola dicha, Señor, que te quedaba
de todo cuanto sueñan los hombres en el mundo,
quizá viste un instante, cuando el valor faltaba,
revivir milagrosa tu fe de moribundo...

¿Por qué dejas entonces que suba a las esferas
el clamor infinito del dolor sin consuelo?
¿Doblaran las campanas si Tú no lo quisieras?

¿Acaso sus lamentos no llegan hasta el Cielo?
Y si a todos los hombres llamabas tus hermanos,
y tanto te dolías de su vida ya triste,
¿por qué dejas, Dios mío, que sufran los humanos
ese dolor tan grande que Tú no conociste?

NORAH LANGE

Quieta, lánguida, dulce, Norah Lange canta a pesar de no querer cantar, y rima a pesar suyo. Izquierdista también, tiene una delicada sutileza su lengua fina que canta "sotto voce".

TARDE A SOLAS

VACÍA la casa donde tantas veces
las palabras incendiaron los rincones,

La noche se anticipa
en el piano mudo
que nadie toca.

Voy a solas desde un recuerdo a otro
abriendo las ventanas
para que tu nombre pueble
la mísera quietud de esta tarde a solas.

Ya nadie inmoviliza las horas largas y cerradas
a toda dicha mía.

Y tu recuerdo es otra casa
grande y quieta
por donde yo tropiezo sola.

Y mis latidos forman una hilera de pisadas
que van desde su puerta hacia el olvido.

VENTANA

VENTANA abierta sobre la tarde
con generosidad de mano
que no sabe su limosna.

Ventana, que has ocultado en vano
tanto pudor de niño.

Ventana que se da como un cariño
a las veredas desnudas de niños.

Luego, ventana abierta al alba
con rocío de júbilo riendo en sus cristales.

Cuántas veces en el sosiego
de tu abrazo amplio
dijo mi pena
su verso cansado!

OFRENDA

V OY a ti, como baja el sosiego
a la mar quejoso.

Voy a ti, segura y tierna como enredadera
que conoce el camino que va al cielo.

Voy a ti, como va la frescura
a la rosa recién abierta.
Como iría el querer a la dicha de verte.

Con el corazón presintiendo
una fiesta en tus labios
voy a ti, sufrida de dicha.

Hoy estás tú en mí,
sencillo
como está la luna en la noche callada.

MARIBLANCA SABAS ALOMA

Evolución violenta de la extrema derecha a la extrema izquierda. Mariblanca comenzó escribiendo versos blancos, soñadores, llenos de ritmo, musicalidad y vulgaridad. Mariblanca cambió de filas, se pulió, se cultivó, y hoy hace campear su estandarte en las filas del más refinado ultraismo. Poeta de las revoluciones, como la uruguaya Blanca Luz Brum, Don Quijote de las ilusiones extremas, Mariblanca se ha convertido como en broma, en una notable poetisa. Es de esperar que cuando aconche un poco su absolutismo izquierdista, Mariblanca será una de las grandes poetisas americanas.

POEMA EN SI BEMOL

P^{USE} un temblor de
a s o m b r o
en los ojos del cristo que les tendía
los
brazos
al decorar la solapa de su frac
de novio SIGLO VEINTE
con la azucena perfumada
de mi sonrisa más dulce
(Domaba yo mis fieras
con serenidad idéntica a la
tuya
alemana remota
que jugando con tus leones en el
c i r c o
suspendiste de angustia
mi corazón
de
5 años)

Los
violines histéricos

estrujaban la

marcha de esponsales
enrojeciendo el rostro de

madera
de una santa Cecilia

e s t u p e t a c t a
—sí, quiero...

—SÍ, QUIERO...

(un S. O. S. trágico
se escapó por la cúpula del
templo

y fué a romper con

sus estridencias bolcheviques
la paz burguesa

de

la

LUNA)

e l l a

me hizo el regalo
de su ramo de bodas

mi canción de mujer

CIVILIZADA
perfumó las aristas

de una estrella
por el sahara de mis ojos

cruzaron

los
camellos
del recuerdo
pero qué desilusión tan
ENORME
los periódicos de la
mañana
no
pregonaron
SUICIDIO DE UNA POETISA.

POEMA DE LA MUJER AVIADORA QUE QUIERE
ATRAVESAR EL ATLÁNTICO

MUJER
mujer aviadora que quieres
atravesar de un salto
el atlántico
mujer
enreda en el motor una
bandera roja
y una canción
COMUNISTA
para que se limpie de toda mácula
la ambición
que te lanza a la conquista
de la distancia

P o e t i s a s d e A m é r i c a

enorme
mujer
no asciendas por coqueteria
asciende porque el clamor intenso de
los hombres que sufren
te preste sus alas
mujer
tiende sobre la vastedad marina
que

S
E
P
A
R
A

dos continentes
el arco fraternal que una en un mismo
anhelo de JUSTICIA

a América
y a Europa

mujer
desde una altura de 2,000 metros
deja caer sobre el mar
y sobre la tierra
LA NUEVA PALABRA
así veremos en la noche

M a r i b l a n c a S a b a s A l o m a

un zig
zag

gugar
de estrellas jubilosas
mujer

esconde en la cabina de tu aeroplano el

GRITO

—santo—y—seña de la América joven—

A N T I M P E R I A L I S M O

y clávalo

—para que toda Europa lo contemple

y

los ejércitos de

RUSIA

le hagan los saludos de ordenanza

EN LO MÁS ALTO DE LA TORRE DE EIFFEL

mujer

si tu sueño se rompe en el canto de una ola
no llegues a los dominios de lo

desconocido

rezando—padre nuestro, que estás

en los cielos

—sino regalando el oído

de los proletarios exámenes

con un

—ARRIBA LOS POBRES DEL MUNDO

DE PIE LOS ESCLAVOS SIN PAN...

MARIA ROSA GONZALEZ

Fruto que ofrece azúcares óptimos y que no logra madurar del todo, María Rosa González continúa siendo hasta cierto punto una poetisa en agraz. Dotada de un temperamento ardiente y disparejo, ha escrito algunos versos buenos, donde se advierten diversas influencias, especialmente la de Juana de Ibarbourou. Ultimamente se ha adherido también a las filas izquierdistas, donde obtiene éxitos con sus versos oscuros, retorcidos y revolucionarios. Dentro de todo, auténtico poeta, no habría podido dejársela fuera de esta antología.

Obras: "Samaritana".—"Arco Iris".

AGUA NEGRA

MAGNOLIA en el crepúsculo
me desenvuelvo ante tu rostro.

Me dejé desnudar de alegrías
por vestir tus tristezas de asombro.

Amparó tus amores de niño
la infinita piedad de mis ojos.

Todos vieron mis manos vacías
pero nadie notó tu abandono.

Todos vieron mis brazos caídos
Oh, criatura! dejarte tan solo.

Y sintiendo mi ausencia, ninguno,
tendió un trapo de olvido en tus hombros

Todos vieron mi rostro con lágrimas
y ninguno lloró por nosotros.

ETER

LA noche temerosa se acurruca en mi alcoba
huyendo del invierno.

No tardes, no prolongues esta desesperada
contracción de mi cuerpo.

Cuajada entre las sombras, sin rostro y sin mañana
soy negra como un cuervo.

Anídate en las cuencas oscuras de mis manos,
abrázate a mi pecho
y verás mi pequeño como es honda
mi angustia de saberte tan lejos.

Acércate a mis brazos que tiemblan si les huyes
No desates el nudo rebelde de mis nervios.

Y deja que mis lágrimas espanten a la vida
para amarte sin miedo.

CROQUIS

DESDE el cielo unos hilos invisibles
dirigen la caída de la tarde
que oscila como un títere del teatro guignol.

Estoy, en cruz los brazos, de pie frente a la costa
mientras resbala el sol.

Y sus rayos son vivos como un alma
dorando el horizonte.

¡Ah, quién pudiera apresarte
lejano abanico rubio!

Decoraría mi cuarto con su encendido color.
Junto a mi diván, sesgado,
fuera el más raro panneaux.

Violentando los tonos daría fuerza a la sombra
del rincón donde dormimos juntos mi amado y yo.

ETERNA

TRINEO en la montaña he trizado los hielos.
Velero de piratas he rondado alta mar.
Si tu pie aventurero hecha a rodar un día
por todos los caminos me hallarás.

La tierra está surcada de triángulos.
En cada esquina aguda sembré un recuerdo amargo.
Hoy son como desbandes de espejos quebradizos
para multiplicarme hasta el cansancio.

Amame como soy—vagabunda, amorosa
dulce a flor de mi espíritu falso y contradictorio.

Después serás el hombre que decía:
QUIERO SER SOLO Y TRISTE ANTE TU ROSTRO.

Y aunque tal vez fué triste jamás supo ser solo.

BLANCA LUZ BRUM

Uruguaya y joven revolucionaria, Blanca Luz Brum escribe versos buenos, a pesar del acento bronco de mujer que porta sobre los cabellos el gorro frigio de la revolución con la coquetería mujeril de la tenista que se coloca sobre la cabeza una cinta nueva. Blanca Luz agota su personalidad vibrante en su "pose" visible y en su devorada incultura. Con la mirada ansiosa tendida hacia la roja Rusia, de cuyas llamas no pudo gozar, ensalza la revolución, desde la pacífica silla de brazos donde mece a su hijo.

REGRESO DEL TRABAJO

REGRESA solitario del mar
vagabundo de las noches
por los puertos heridos de partidas.

Regresa

limpiate el polvo de las estrellas
con las arenas blancas del día.

Restriégate los puños contra el Sol.

Aquí la gran ciudad te espera
alerta con sus cien chimeneas de humo.

¡Aquí la acción!

Deja entre la resaca
tus canciones tediosas

adiós meditabundo!

Aquí pasan los hombres
de ojos limpios
y puños flameantes
y altos los recios pechos
con canciones de sangre.

Que las últimas estrellas
se lleven tus ojos melancólicos.

Acércate a los hondos motores
¡métete al corazón mismo de las fábricas!
¡si palpitan como entrañas de madre!

Las ráfagas de las poleas
sacuden las más sórdidas parálisis.

¡Adelante con los hombres nuevos!

POEMA

LA United Press
anuncia los últimos fusilamientos
las ciudades civilizadas
hacen crujir las horcas

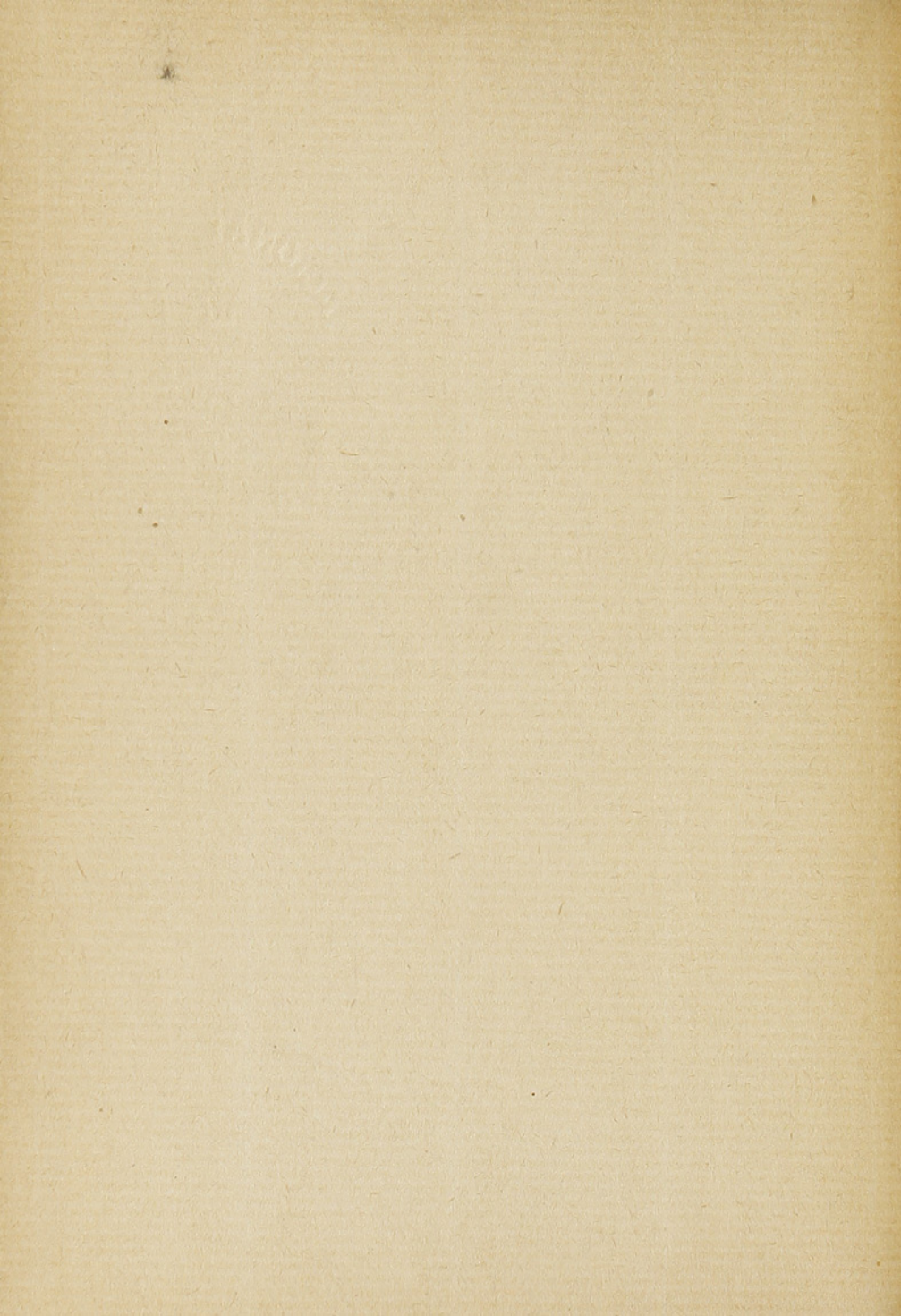
las cabezas de los decapitados
tienen los ojos vueltos
hacia Rusia.

Sacco y Vanzetti
trágica Rosa de los vientos
giran hacia los 4 puntos cardinales
de la Revolución.

«los hermanos del bosque»
se esparcen por el mundo
¿no oís cantar las balalaikas?
Sachka Yegulev poeta, Sachka Yegulev obrero
Sachka Yegulev en cada hombre,

dejamos occidentes incendiados
y amanecemos en orientes de sangre,
las cabezas de nuestros hermanos
nos llaman como campanas dolorosas
a agruparnos

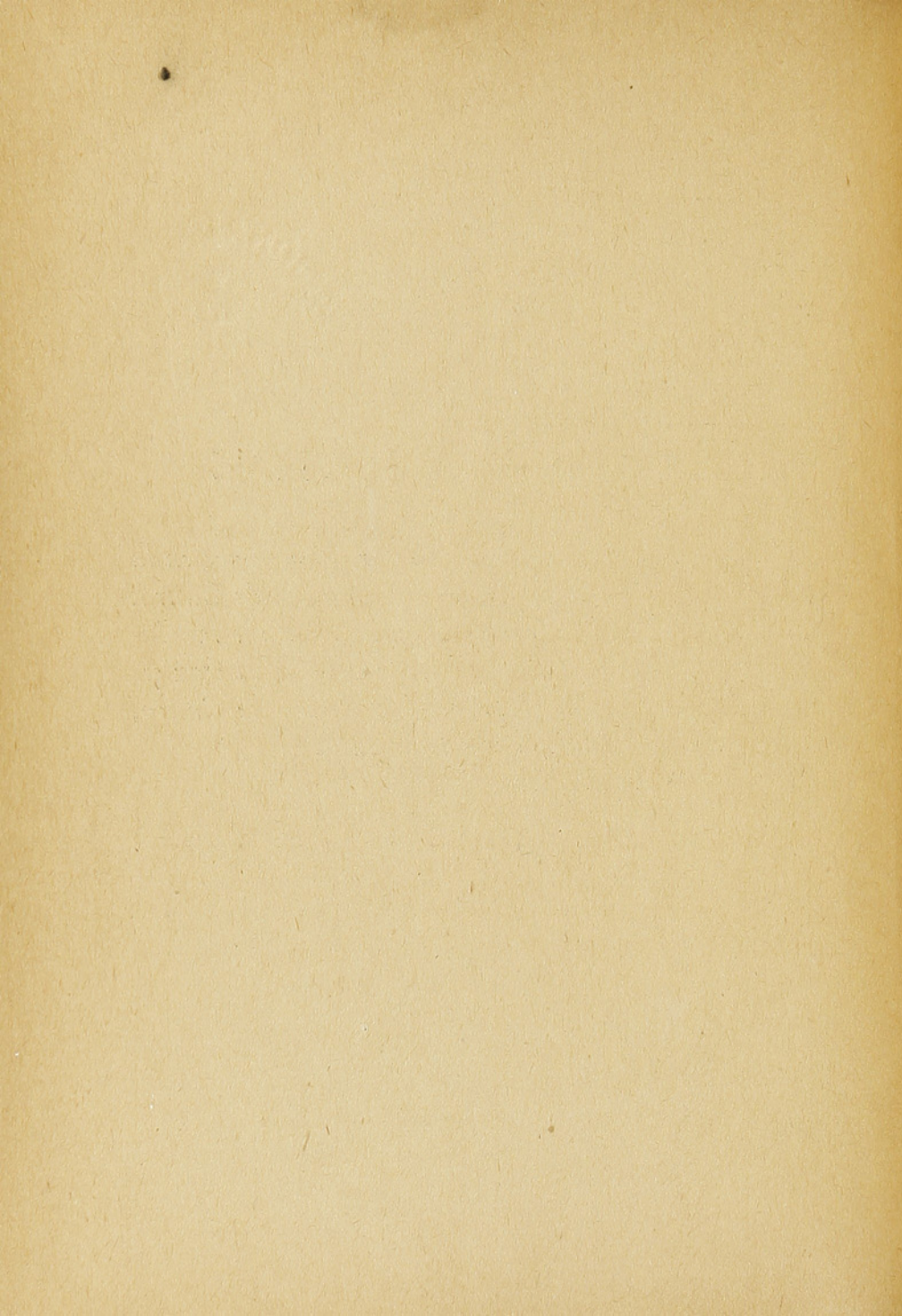
«arriba los pobres del mundo,
de pie los esclavos sin pan».



DULCE MARIA LOYNAZ

Poetisa joven que ha figurado por primera vez en la excelente Antología de Antonio Fernández de Castro, no define todavía su personalidad. Rítmica y romántica, se ha trasladado súbitamente a las filas izquierdistas, donde, según el propio Fernández de Castro, se revela como finísimo temperamento.

No ha publicado libro.



SEÑOR, QUE LO QUISISTE...

S EÑOR, que lo quisiste: di, ¿para qué he nacido?...
¿Quién me necesitaba? ¿Quién me había pedido?...

¿Qué misión me confiaste? ¿Y por qué me elegiste?
Yo la inútil, la débil, la cansada, la triste...

Yo que no sé siquiera qué es malo ni qué es bueno,
y si busco las rosas y me aparto del cieno
es sólo por instinto... ¡Y no hay mérito alguno,
en la obediencia fácil, a un instinto oportuno!...

Y aún más: ¿pude hacer siempre lo que he intentado?
¿Soy la misma siquiera, lo que había soñado?...

¿En qué ocaso de alma he disipado el luto?...

¿A quién hice feliz tan siquiera un minuto?...

¿Qué frente oscura y torva se iluminó de prisa,
tan sólo ante el conjuro de mi pobre sonrisa?...

¿Evitar a cualquiera pude el menor quebranto?
¿De qué sirvió mi risa? ¿De qué sirvió mi llanto?

Y al fin, cuando me vaya fría, pálida, inerte...
¿Qué dejaré a la vida? ¿Qué llevaré a la muerte?...

.....
Bien sé que todo tiene su objeto y su motivo,
que he venido por algo y que para algo vivo...

Que hasta el más vil gusano su destino ya tiene,
que tu impulso palpita en todo lo que viene,

y que si lo mandaste fué también con la idea
de llenar un vacío por pequeño que sea...;

que hay un sentido oculto en la entraña de todo:
en la pluma, en la garra, en la fuente, en el lodo...;

que tu obra es perfecta, ¡oh, Todopoderoso!,
Dios justiciero, Dios sabio, Dios amoroso...

¡Oh, Dios de los mediocres, de los malos y los buenos,
en tu Obra no hay nada ni de más ni de menos...!

Pero... No sé, Dios mío..., me parece que a Tí
—¡jun Dios!—te hubiera sido fácil pasar sin mí...

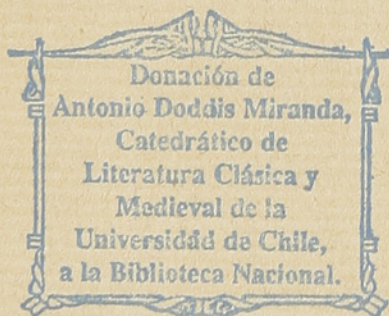
LOS ESTANQUES

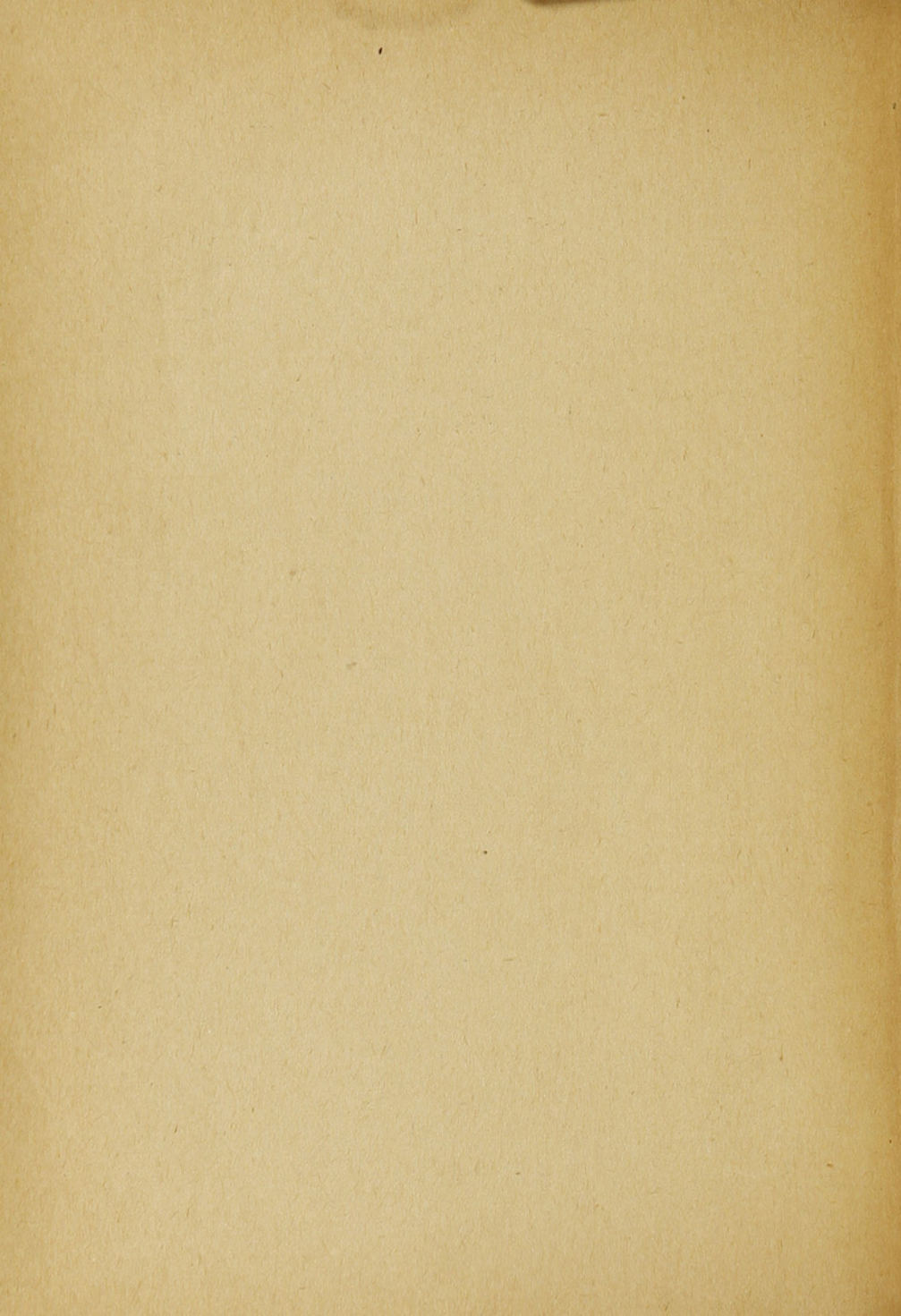
YO no quisiera ser más que un estanque
verdinegro, tranquilo, limpio y hondo...

Uno de esos estanques
que en un rincón oscuro
de silencioso parque
se duermen a la sombra tibia y buena
de los árboles...

Ver mis aguas azules en la aurora
y luego ensangrentarse

en la monstruosa herida del ocaso...,
y para siempre estarme
inmóvil, impasible, muda, limpia...,
para ver en mis aguas reflejarse
el Cielo, el Sol, la Luna, las estrellas,
la luz, la sombra, el vuelo de las aves...
¡Ah, el encanto del agua quieta..., fría!...
Yo no quisiera ser más que un estanque...





INDICE

	Págs.
Gabriela Mistral	
Ruth.....	15
Amo amor.....	17
Paisajes de la Patagonia	18
I.—Desolación.....	18
II.—Arbol muerto.....	20
El Espino.....	21
Poema del hijo.....	22
Viernes Santo.....	26
Gotas de hiel.....	27
¡Hecha la simientel.....	28
Hablando al padre.....	29
Himno al árbol.....	31
Piesecitos.....	34
El amor que calla.....	35
Cima.....	36
Salutación	37
Canción amarga.....	40
Meciendo.....	41
Miedo.....	41
Entre el Ródano y la Camarga.....	42
Confesión	45
Delmira Agustini	
Cuentas falsas.....	51
La cifra.....	52

P o e t i s a s d e A m é r i c a

	Pág.
Serpentina	55
La sed.....	54
Desde lejos.....	54
El silencio	55
La barca milagrosa.....	56
El vampiro	57
Lo inefable.....	58
Plegaria	58
Fiera de amor.....	61
 María Eugenia Vaz Ferreira	
Yo sola.....	65
Balada del escéptico.....	66
La estrella misteriosa.....	67
Rendición	68
El ataúd flotante.....	68
Serenata.....	70
Desde la celda.....	71
 Alfonsina Storni	
Tú me quieres blanca.....	75
Veinte siglos.....	77
Agua.....	78
Oveja descarriada.....	79
Soy	82
Tú que nunca serás.....	83
Los coros	84
Epitafio para mi tumba.....	85
Parásitos.....	86
La inútil primavera.....	87
Dolor.....	88
Así	89

	Págs.
Pudiera ser.....	90
Versos a la mujer infocada.....	91
Juana Ibarbourou	
El fuerte lazo.....	95
Como la primavera.....	96
Noche de lluvia	97
Melancolía	99
Resaca.....	99
Raíz salvaje.....	100
La higuera.....	101
El agua corriente.....	102
Mujer.....	103
Vida garfio.....	103
Rebelde.....	104
Lacería	105
La copa.....	106
Corazón dolorido de sueños.....	107
Angustia.....	108
Fugitiva	108
Los días.....	109
Alegría sin causa.....	110
La hora.....	111
Santificada.....	112
María Monvel	
Niños.....	117
Mi hija juega en el jardín.....	118
Berceuse.....	119
Me pesaba su nombre.....	121
Mi pesar.....	122
El hijo pródigo.....	122
Pensamientos de Ofoño.....	124

P o e t i s a s d e A m é r i c a

	Págs.
No en'endíó.....	126
Marineros.....	128
Motivos de viaje.....	129
«L'invitation a la mort».....	132
Interior.....	133
Luisa Luisi	
Fué un viento de tragedia.....	137
Sed.....	138
La pena de los niños.....	138
Brasa oscura.....	140
Los días.....	141
A la victoria de Samotracia.....	142
Margarita Abella Caprile	
Croquis.....	145
I. Viaje.....	145
II. Llegar.....	146
III. El saludo.....	147
IV. Nadar.....	147
Tristeza.....	148
María Enriqueta	
A las diez.....	153
Toma esta rosa.....	154
Letania.....	154
El afilador.....	155
Sad Song.....	158
Rosa García Costa	
Una brasa encendida.....	161
La fuente de alegría.....	161
Profesión.....	162

María Villar Buceta

Primera vez...	165
Hermetismo...	166
¿.....?	167
Soledad...	168
Esclavitud...	168
Riqueza...	169
Sinceridad...	170
Lo vulgar...	170
Bibliofobia...	171
Diciembre...	172
Eucaristía...	172

Magda Portal

Cartón morado...	177
Las miradas ausentes...	178
Ausencia...	179

Susana Calandrelli

La flauta de Silvano...	185
El Lobo...	184
Dolor...	185

Nora Lange

Tarde a solas...	189
Ventura...	190
Ofrenda...	191

Mariblanca, Sabas Aloma

Poema en si bemol...	195
Poema de la mujer aviadora que quiere atravesar el Atlántico...	197

María Rosa González

Agua negra...	203
---------------	-----

	Págs.
Eter.....	204
Croquis.....	204
Eterna.....	205
Blanca Luz Brum	
Regreso del trabajo.....	209
Poema.....	210
Dulce María Loynaz	
Señor, que lo quisiste.....	215
Los estanques.....	216



SECC. CHILENA

